

Hacia la divulgación de un valioso escritor desconocido

## Rafael Baena: Un escritor entre la guerra y los caballos

▪ **Inaldo Chávez Acosta<sup>1</sup>**

### 1. Pretextos

Las obsesiones en las escrituras son afilados cuchillos que hieren de manera constante a quien debe soportar en medio de la carne su templado orgullo.

No tiene sentido llorar. Quejarse tampoco. Renunciar quizá. Pero el filo de esos cuchillos produce un placer cercano al develar el dulce secreto de la muerte, más allá de las especulaciones de los vivos.

Cuando estas circunstancias se juntan y aparece un estado pleno de creación, la escritura se convierte en un viaje sobre un tiempo que no es tiempo. Un pasado que regresa en forma de presente deformado. Un futuro triste y lleno de certezas del pasado. Un presente gris y anodino de tanto parecerse al pasado que regresa y al futuro que se repite.

Pensar que la novela es un espacio invisible y que su realidad está medida por las riendas de quien cabalga sobre



Rafael Baena

ella. Predecir que la novela tiene las fórmulas cantadas y gastadas en todo lo que hemos leído y lo que imaginamos de oídas; por lo que nos llega de comentarios ajenos que prestamos con nuestras propias comillas.

*Pasa página 2*

## Cuentos ganadores X Concurso Nacional de Cuento “Bueno y Breve”, El Túnel-Cámara de Comercio de Montería, 2019

Primer premio

### El remolino en el pecho

▪ **Jesús Fernando Arévalo Morales**

**S**alí de la oficina del padre provincial de la Orden. Caminé por los pasillos de la curia solo por caminar, matar el tiempo y distraerme. Bajé al primer piso, di una vuelta. Subí hasta el tercero, di una vuelta. Bajé de nuevo al primero y entré en la cocina. Me serví un vaso de yogurt con galletas. Me senté en una sala. Comí lentamente. Volví a caminar. Subí a la azotea. Podía divisar la ciudad. Hacía un sol picante. Me detuve. La frase del cura me era resonante: «Acepta mi recomen-



dación. Hay que hacerlo lo más pronto posible». Pensaba en el tiempo. Lo había derrochado. Y ahí seguía la sensación que desde hacía dos meses me revolvió la realidad. Era innombrable. No sabía cómo explicarla. ¿De dónde nacía? ¿Era acaso el

Viene página 1

## Rafael Baena: Un escritor entre la guerra y los caballos

Escribir se torna un remolino de certezas en medio de las angustias del movimiento, del caos que produce el viento—invisible y terco— y de insolencias que perturban al altanero lector, en su paraíso de tranquilidad comprada en los bazares de turcos y árabes impasibles.

Parte de lo que vamos a tratar en esta jornada tiene que ver con lo antes comentado. El novelista o el escritor enfrentado a sus propias obsesiones que lo convierten en un ser paranoico y cosechador de sus siembras eternas sobre el mismo campo de trigo o de maíz que cada vez que se recoge, triplica las siguientes cosechas y sempiternamente se solaza sobre sus cultivos a lo largo del tiempo.

El escritor tiene una connotación nominal: Rafael Baena. Colombiano para mayores señas. Nacido en Sincelejo—por fortuna de los accidentes genético-geográficos— en el año de 1955. Su segundo apellido es Cumplido. Razón suficiente para reclamar su origen en esas tierras.

La primera mitad de los años 50 en Sincelejo son de aparente intranquilidad, después del 9 de abril, las heridas de Gaitán siguen abiertas y supurantes: la violencia con mayúsculas es un viento frío e

intimidante. Se parece a la muerte. Una ciudad de cuatro calles, de ganaderos rancieros, de comercio creciente y de nuevos rostros y apellidos por cuenta de la inmigración sirio-libanesa.

Nacer en medio de esas cronologías de una guerra insultante a la razón. Sobrellevada por un odio de irracionales diferencias políticas. Una violencia que curtió a un país entero y que siguió por esa senda fatal hasta estos tiempos que nos soportan, debió significar algo en el destino de un muchacho que 50 años después, descubriría que necesitaba sacar al escritor que había nacido en medio de una violencia o, mejor dicho, de la Violencia. La única que hemos conocido desde que España rompió el monte virgen y serpeneteo la geografía en búsqueda de quimeras y realidades.



### 2. Las referencias puntuales

Los catálogos de mercado literario, las consultas web y los cruces de correos con su esposa Amalia Carrillo, indican que Rafael Baena se hizo comunicador social y que su vida laboral transcurrió en diversos medios de Barranquilla y Bogotá en esencia.

Antes de esos tiempos de quietud, la familia Baena Cumplido transcurrió sus días iniciales entre Sincelejo, Bogotá y Barranquilla. Hasta 1955 viven en Sincelejo, luego Bogotá hasta 1961 o 1962, se mudan hacia Barranquilla, en donde permanecen hasta 1978. Su madre Carmen Cumplido aún vive en Barranquilla. Sincelejo, entonces, se convirtió en el referente de vacaciones de juventud y de visita a los abuelos maternos.

Una ambigüedad geográfica lo invade desde entonces: un costeño para los bogotanos y un cachaco para los costeños o caribes. Eso quizá lo marcó para no sentirse de algún lado en especial y en todos al mismo tiempo. Buena cualidad para un escritor es no tener ataduras que lo sesguen por nacionalismos irresolutos y provincialismos espurios.

Dejar el periodismo y dedicarse a la literatura por completo, significó para Rafael Baena una liberación de su capacidad creadora, “*un chorro suelto de manera incontenible*”, como me contó alguien muy cercano a su difícil respiración.

Fue así como Rafael Baena escribió en tiempo estrecho (del 2006 al 2014) como presagiando su temprana partida, todo lo que tenía que decir y que estaba atragantado entre las sienas del periodista.

Los dilemas de la literatura y el periodismo nunca se resuelven tan fáciles. En la última entrevista que concedió a un medio impreso (*El Colombiano*, 2015), Baena concluye:

*“Yo me hice periodista porque quería ser escritor y veía eso como un escalón obligatorio. Luego el periodismo me enseñó que era mucho más divertido ser periodista que escritor. Así se pasaron los años y de repente, cerca de los 50, me acordé que yo quería ser escritor y me puse a escribir una novela divertida donde traté de explicar los orígenes de nuestra violencia. Y ahí apareció Tanta sangre vista”.*

*Tanta sangre vista* (2007), *¡Vuelvan caras, carajo!* (2009), *Samaria films XXX* (2010), *La bala vendida* (2011), *Siempre fue ahora o nunca* (2014), *Ciertas personas de cuatro patas* (2014), *La guerra perdida del indio Lorenzo* (2015) y *Memoria de derrotas* (obra póstuma, 2017).

Catalogar a Rafael Baena como escritor de novelas históricas puede ser un argumento simplista. Si repasamos su producción creadora diríamos que sí, excepto por *Samaria films XXX* y *Ciertas personas de cuatro patas*.

Lo cierto es que se inscribe en la tradición de la novela histórica colombiana por sus alcances, los personajes, los temas tratados y que aporta otros elementos de juicio a la historiografía nacional con referencias valiosas sobre acontecimientos que fueron determinantes en la configuración social del país.

Como él mismo lo manifiesta en una entrevista en *El Espectador* (2015):

*“En términos muy generales, mis novelas han nacido de la curiosidad de saber, de establecer paralelos entre el pasado y el presente o, si se quiere, de explicarme a mí*

**EL TÚNEL**  
Órgano del Grupo de Arte y Literatura El Túnel  
PERIÓDICO CULTURAL  
No. 44 - Montería, Colombia - Noviembre de 2019  
Director:  
**José Luis Garcés González**  
jlgarces2@yahoo.es  
Consejo Editorial: **Grupo El Túnel**  
Facebook: TÚNEL MONTERÍA  
eltunelmonteria@yahoo.com  
www.grupoculturaeltunel.net  
Teléfonos (4) 783 01 63 - 310 620 18 50  
Montería - Colombia  
Precio: Dos mil pesos  
Diagramación e impresión:  
**Didácticos Mash**  
Calle 32 No. 17-33 Av. Alfonso López  
Teléfono (5) 282 09 10 - 315 754 87 06  
Sincelejo - Colombia  
multigraficas01@yahoo.com

*mismo el porqué de la recurrencia de la historia, las razones por las cuales llevamos doscientos años de vida republicana sin poder alcanzar una paz estable y duradera. Es como si hubiera querido hacer una relatoría de la violencia, intercalando elementos de ficción en contextos históricos verídicos, porque al fin y al cabo se trata de escribir ficción y no de hacer historiografía”.*

Nótese que el Autor intenta darse una respuesta a algo tan endémico a nuestra configuración de país: la guerra y la violencia como elementos de la realidad para argumentar desde la literatura. Recrear desde otras visiones menos esquemáticas y predecibles a la historia martirizada de estos tiempos prolongados en una agonía de miedo y horror.



*“Con todas pretendí llenar vacíos personales. “Tanta sangre vista”, a pesar de ocurrir en un país ficticio, es mi versión de los sentimientos de los combatientes y de los civiles involucrados en las guerras intestinas del siglo XIX. ¡Vuelvan caras, carajo! recrea el pensar de aquellos guerreros de nuestra independencia que la historia oficial no entronizó en el procerato. La bala vendida la escribí porque la Guerra de los Mil Días ha sido muy documentada, pero mal tratada y maltratada por la literatura. Y La guerra perdida del indio Lorenzo, porque me pareció necesario recordar los años finales de un hombre borrado de los libros de la historia. Algunos panameños saben quién fue, pero en general los colombianos ignoramos qué hizo y qué papel cumplió durante la Guerra de los Mil Días. Como ve, los cuatro libros tienen en común el afán de arrojar luz sobre ciertas sombras.”*

### 3. El señor que amaba los caballos

Las obsesiones de Rafael Baena por los caballos van más allá de cualquier consi-

deración entre humanos y bestias. Creo que esta comparación a él no le parecería del todo aceptable. Lo de su relación con los caballos es atávica y está ligada a su propia existencia. Una relación que desde su infancia lo marcó o desde antes, mucho antes, porque fueron los caballos los primeros seres que lo conectaron con el mundo del lenguaje, con el mundo de la palabra.

**Tengan nombres** o no, sean seres con los que se comparten miedos y tristezas, sean ciertas personas de cuatro patas. Baena en cuatro de sus cinco novelas los hace protagonistas de primera línea.

Encontramos a Marengo, Llanera, Petenera y Borodino en *Tanta sangre vista*; en *¡Vuelvan caras, carajo!* ya no hay nombres de caballos, pero todos son los mismos caballos que en la guerra —desde los tiempos de los primeros árabes y mongoles— se convirtieron en armas letales: la caballería y los lanceros, en este caso. Llaneros de las inmensidades colombianas —no importa lo venezolanos que eran— van de un lado a otro como una extensión de su propio cuerpo y en perfecta comunión entre hombres y caballos. Centauros indomables escribió alguien de manera cantada. Mientras que en *La bala vendida* siguen apareciendo los caballos, pero al igual que en la anterior novela, son desprovistos de sus nombres —por aquello de tener que matarlos después y mucho antes de encariñarse el escritor con cada uno de ellos— y se quedan con los protagonistas de nuestra guerra de los Mil Días.

En *La guerra perdida del indio Lorenzo* vuelven a aparecer los caballos con nombres: Jericó, un potro azabache y pícaro al mismo tiempo, que es el noble caballo del protagonista sobre cuya cabalgadura narra la vida de Victoriano Lorenzo. El resto de hombres vive y lucha sobre los caballos en una Panamá que ya no se sentía parte de la triste Colombia de ese entonces.

Baena termina de demostrar su obsesión con los caballos en el ensayo *Ciertas personas de cuatro patas* (2014):

*“El niño va montado sobre Panela, una vieja yegua mora con la rienda apretada sobre su mano izquierda y la derecha sobre la silla de montar. No alcanza los estribos y tiene que apoyar los pies sobre los correajes. El niño es el escritor Rafael Baena en la hacienda Baza, en Boyacá, hace 50 años.”* (Afanador, 2015).

En el texto, Baena aborda el tema de los caballos desde una visión relacionada con sus propias limitaciones de niño, la conexión que establece y luego al crecer,

se enfrenta a situaciones en las que su amor por los caballos se contrae frente al miedo que le producen las otras bestias humanas:

*“Otro recuerdo borroso y menos grato de su infancia en relación con los caballos ocurrió en Sincelejo —donde nació Baena— y tiene que ver con las corralejas, a las que lo llevaba su abuelo. Un pandemonio en una improvisada plaza de toros en la que garrocheros a caballo toreaban enormes cebúes, entre la algarabía del público y el ruido atronador de bandas papayeras. Hombres corneados y caballos galopando enloquecidos: las primeras escenas de violencia en vivo y en directo de su vida”.* (Afanador, 2015).

Los caballos en su vida inicial, luego en la historia de la humanidad, en sus novelas como protagonistas esenciales y en su núcleo familiar como para extender la conexión más allá de las próximas generaciones. Pocos escritores se habían obsesionado tanto con ciertas personas de cuatro patas como lo hace Baena. Eso de por sí ya es un mérito para entablar un diálogo con la naturaleza que nos acoge y con la literatura que los engendra como continuidades y comuniones más allá de lo simplemente humano.



### 4. La guerra en la novela histórica o la necesidad de justificar el presente.

Cualquier hito necesario para advertir sobre la novela histórica pasa por la Edad Media. El medioevo como esencia de la lucha inicial de rupturas entre el hombre sometido a la “oscuridad” sobre el conocimiento y su posterior develación.

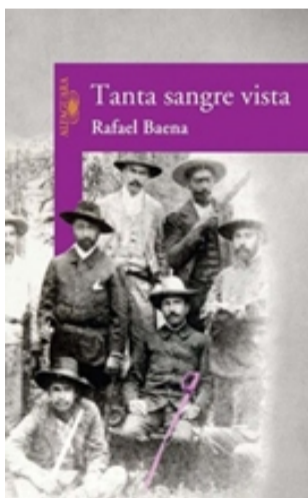
Lukacs (1916) es preciso y argumenta que antes de *El Waverly* de Walter Scott (1914) no había referencias sólidas de la novela histórica.

El tema mismo de la guerra en la literatura nos reduce la muestra y la revisión

a un número contado de obras y referencias. En uno y otro lado de los mundos, aparecen novelas históricas y no por ello, las que no tengan esa etiqueta podrían dejarse por fuera del catálogo.

*“Desde el siglo XIX la novela histórica ha jugado un papel central en la conformación de las imágenes históricas de las naciones; mucho más que los textos de los historiadores. Es indiscutible la influencia de Balzac o de Víctor Hugo en la construcción de los imaginarios de la nación francesa, o de Walter Scott en la configuración de los héroes medievales, y en general de la edad media, de la historia inglesa. Los relatos que las novelas históricas convirtieron en hechos históricos fueron fundamentales para elaborar los pasados nacionales. En este sentido, las imágenes del pasado recreadas en la literatura han actuado de manera formidable en la conformación de esos imaginarios a través de la construcción de héroes, de hitos y de lugares que se incorporaron como patrimonio memorial de las naciones”.* (Guarín, 2009).

El dilema para el escritor de novelas históricas parte también de la fidelidad y la libertad con la que se acerca o distancia de la verdad oficial. Entonces, como diría Borges, ¿para qué hacer literatura si se debe apegar a una rigurosa investigación histórica?



*“Que la historia tampoco es objetiva lo sabe cualquiera que se aproxime al tema, pues en el simple hecho de ordenar unos acontecimientos en papel se les da preeminencia a unas cosas en vez de otras”.* (Gil y Campo, 2016).

De las formas clásicas de la novela histórica surge entonces una serie de variaciones que, en términos de rigurosidad o libertad del escritor, permiten alejarse de los cánones (tipo Lukacs) y se refugian en la historiografía y en la propia interpretación del pasado desde la cómo da litera de los fusilamientos.

*“Considerando que los relatos constituyen el contexto natural donde los acontecimientos adquieren significación histórica, diremos que el contenido discursivo de toda narración de esta naturaleza se refiere a algo que sólo puede ser elaborado dentro de los márgenes de su “retórica”, si pensamos que un mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en que se sitúe o, dicho de otro modo, “de acuerdo con qué diferentes conjuntos de acontecimientos posteriores pueda estar conectado”* (Danto, 1989; citado por Hernández, 2010).

Para el caso hispanoamericano en el siglo XX, la tradición señala un apego a lo costumbrista y al rigor decimonónico de la novela histórica propiamente: cargada de verdades oficiales, detalladamente abundante en acontecimientos alrededor de los próceres y caudillos que pulularon hasta finales del siglo XIX y una monopolización de los hechos desde la alteridad del poder en las clases sociales dominantes.

Como anota Hernández (2010), al referirse al rompimiento con esos cánones y con la supuesta verdad que encarna la historiografía:

*“Lo que está claro es que tratamos con un tipo de discurso literario, que se opone al realismo de la novela costumbrista y de la novela histórica decimonónica, al renunciar a la fidelidad de los documentos históricos, cuanto a la confianza en una voz oficial que determine la verdad de la historia; discurso que echaría mano, de acuerdo con este propósito, de nuevos sentidos para la verosimilitud ficcional y para la interpretación misma de la historia. De allí que los novelistas latinoamericanos que representan esta tendencia, siguiendo a Diógenes Fajardo (1999), practiquen la reescritura ficcionalizada del discurso histórico oficial, con el claro propósito de ofrecer al lector la ficcionalización de los ya más de 500 años de vida histórica y de producción discursiva de Nuestra América”.* (Hernández, 2010).

En las novelas de Rafael Baena, en especial las dedicadas a la guerra, se evidencian estas nuevas formas de abordar la historia de nuestros países, desde una perspectiva revisada y revisitada:

En *Tanta sangre vista* (2007) si bien es una novela de pura ficción, de una guerra civil con fondo histórico en un país imaginario; los hechos narrados y la forma como se aproxima a la guerra en la recreación literaria, no deja de tantear y coquetear con la historiografía y de mostrar al mismo tiempo, un compromiso con el presente.

*“En concreto, empecé a escribir literatura porque mis hijos me preguntaban sobre lo que estaba pasando en este país y yo no encontraba palabras para explicarles. Me pareció que de pronto una manera de hacerlo era escribir una novela y ese fue el germen de Tanta sangre vista”.* (Gil y Campo, 2016).



La novela transcurre entre dos hilos narrativos con el fondo de una guerra civil: un guerrero insurrecto que sueña con tumbar al gobierno y la vida del nieto del viejo guerrero que recrea en otros tiempos lo que pasó en ese país de violencias tan parecido al nuestro.

*“Tanta sangre vista es una novela sobre una guerra, un soldado y una familia que hereda los traumas de ese soldado y esa guerra. Es, a primera vista, una novela increíblemente típica dentro del marco de la literatura colombiana; un híbrido entre el revisionismo histórico, las tensiones filiales heredadas de Cien años de soledad y una dosis robusta de esa prosa a la Juan Rulfo que camina entre lo coloquial, lo vulgar y lo literario”.* (Acosta, 2016).

Si bien la novela tiene mucho de lo anterior, lo cierto es que en ella se encuentran narrados “los degüellos, ensartadas de órganos, silbidos de machete, bestias en estampida y relinchando en sus estertores, y mutilaciones a diestra y siniestra en las posiblemente mejores escenas de batallas cuerpo a cuerpo escritas hasta la fecha en la literatura colombiana”.

*Tanta sangre vista* es una novela inicial que para Rafael Baena significó la prolongación de su propia guerra contra el mundo, ya no desde la visión del periodismo sino desde la panorámica libre y decidida del escritor; una familia en medio de una guerra civil como la de tantas que hemos resistido y que pone de manifiesto que nadie gana con tantos muertos a cuesta.

Otra aproximación a la guerra transcurre en *¡Vuelvan caras, carajo!* (2009), su segunda novela y con una revelación literaria desde episodios reales. Ya no es el país inventado de Tanta sangre vista; ahora es la sociedad neogranadina que se rebela contra España, pero no desde los hombres de charreteras y uniformes de lujo. Las guerras de independencia no contadas desde la cumbre del discurso oficial y decimonónico; sino desde los ojos de la caballería, de los lanceros llaneros que pelearon al lado de Bolívar, de Páez y de Santander.



Es la vida íntima y coloquial del coronel Juan José Rondón (el hijo de un negro esclavo manumiso) desde la narración de un escocés (venido a estas tierras a pelear guerras ajenas), Angus Malone. La visión de nuestras vidas desde los ojos europeos, a quienes eran a los que más les creíamos nuestra historia.

En la novela es una constante la vida en cotidianidad, de cosas simples de hombres simples, en un mundo rural y campechano; los héroes que conocemos de la independencia son simples “comparsas” a la distancia.

“La violencia, el medio agreste y, sobre todo, la incertidumbre respecto a lo que sucede, es un elemento fundamental en su narración que nos pone de presente que aquellos hombres que hicieron la guerra vivían el día a día, y no imaginaban el valor futuro que tendrían sus acciones”. (Guarín, 2009).

En *¡Vuelvan caras, carajo!* se les rinde tributo a los hombres de piel curtida, a los que la historia oficial mantiene en el olvido aún en estos tiempos. Esos que la historiografía de bronce ha preferido ignorar: “que la guerra fue librada por la gente de a pie, campesinos, peones y esclavos, negros, mestizos, zambos, indios; gente sin nombre y sin rostro”. (Guarín, 2009). Más allá de los discursos gloriosos

y las estrategias en la mesa de los comandantes, se muestra en la novela es el frente de guerra, donde la cuestión era matar o vivir, el sudor y la sangre de los desposeídos y que eran llevados a la guerra como ha sido siempre y como ocurre en estos tiempos.

Para muchos críticos, esta novela no encuadra del todo en el rótulo de “novela histórica colombiana”, hay que decir en su defensa que más parece una novela de aventuras, de amor a los caballos y a la vida dura y emocionante de sus jinetes. Muy bien escrita y bastante creíble porque la función del narrador fue escogida con acierto: Angus Malone, un escocés veterano de las guerras napoleónicas, tiene la distancia exacta para no caer en la glorificación, pero tampoco en la indolencia frente al valor y la amistad de aquellos soldados improvisados en una geografía incllemente. (Revista Semana, 2009).

Rafael Baena en el 2011 prolonga sus aproximaciones a la guerra y a las violencias de este país con una nueva novela: *La bala vendida*. Con telón de fondo la Colombia de la guerra de los Mil Días. En *La bala vendida* —que transcurre en escasos seis meses— se recrea de buena manera violenta el ingreso de Colombia al siglo XX:

“El siglo XIX está llegando a su fin, y tras una sucesión de guerras civiles, la frágil República de Colombia se ha convertido en una marcha fúnebre de mujeres que pierden a sus hombres. La hacienda Saia, en Santander, es testigo de las tragedias y los amores de los cuatro hermanos Orduz: Marcial, Débora, Vicente y Micaela. La mayor de las hermanas se verá obligada a cargar con una familia envuelta en la Guerra de los Mil Días, y será ella, entre una decena de personajes imborrables, quien nos haga entender que el campo de batalla ocurre de puertas para adentro. ¿Ya no existen el honor y todas las sandeces con que los hombres pretenden ocultar su majadería?, dirá Micaela, cansada de tanto belicismo delirante que les ha arrebatado a sus dos hermanos. El siglo XX se asoma y ha llegado el momento de que la mujer tome las riendas”. (Baena, 2011).

En *La bala vendida* las mujeres adquieren un protagonismo inusitado y recuerda a las primeras féminas de *Tanta sangre vista*; los personajes de Micaela y Débora representan al país descuadrado por las guerras de independencia primero y las civiles después. Un país sin hombres que enfrentará al siglo XX desde los ojos de sus mujeres.

Como bien lo anota Molano (2011) en su crítica a la novela: “Baena crea en La

bala vendida una mujer, Micaela, a su gusto y medida. Una potranca, caprichosa, altanera, que quizá de existir en carne y hueso no se habría dejado escribir. Más aún, es ella la que crea los demás personajes: el coronel Marcial Orduz, su hermano, en pie de guerra contra la regeneración de Núñez y Caro, cuatro años antes de que se inició nuestra última guerra civil regular; el coronel Vicente Orduz, hermano también, peleando en Venezuela y en Cuba al lado de Avelino Rosas, bajo el mando de Maceo; Débora, su cómplice y primorosa hermana, que detesta la guerra y, sin embargo, convierte Saia, la heredad familiar, en un refugio y sanatorio de guerreros más muertos que vivos; Sandalio, el mayoral de la hacienda, un negro fiel y liberal. Y claro, los amores de unos y otros.”

Parte de lo que queramos enterarnos sobre la guerra de los Mil Días lo encontramos en *La bala vendida*. En ella con dedicación y concentración de cirujano de la historia, Baena nos hace vivir en carne propia todo el horror de la guerra y de sus excesos que hablan muy mal de lo humano que cargamos hasta cuando nos enfrentamos a otros hombres por absurdas convicciones ajenas.

Es una historiografía contada desde los episodios menos recordados de las tantas guerras civiles en las que hemos nacido todas las generaciones.



“La bala vendida tiene un ritmo casi épico. Los sucesos, los amores, los personajes se van encontrando, tejiendo, en batallas menores, hasta la madre de las batallas, Palonegro, donde —dicen los que vivieron para contarlo— sólo se retiraron los combatientes cuando el hedor de los cadáveres hacía imposible respirar, y la sangre, al tobillo, hacía imposible cargar contra el enemigo”. (Molano, 2011).

El ciclo de la guerra en la literatura de Rafael Baena se cierra con *La guerra perdida del indio Lorenzo* (2015). Una con-

clusión sin proponérselo a todo ese recorrido por esos personajes del común que la historia oficial ha pretendido ignorar de manera intencionada y que él ha logrado redimensionar y resignificar para toda una memoria colectiva.

Lo que dice Baena al respecto, suele entonces confundirse con reivindicación política o con ejercicios de historiografía descalza, cuando se responde ante la pregunta de cómo encontró al indio Victoriano Lorenzo.

*“Lo descubrí cuando investigaba sobre la guerra de los Mil Días. Mientras en casi todo el país los liberales, atomizados en guerrillas, eran golpeados severamente por las tropas del gobierno, un general indio peleó invicto en el departamento de Panamá, pero tras plegarse a los términos del tratado firmado a bordo del USS Wisconsin lo acusaron de haber cometido crímenes ajenos al combate propiamente dicho. Hubo algunas protestas por parte de algunos dirigentes, pero lo cierto es que a muy pocos les importó la suerte de un hombre que, entre otras cosas, podía convertirse en un obstáculo para la componenda de entregar a los gringos el contrato del canal. Lo fusilaron, claro. Y nuestra memoria nacional barrió esa vergüenza bajo la alfombra.”*

La novela transcurre en el entonces departamento de Panamá durante la guerra de los Mil Días, cuando ese territorio se convierte en la única zona con control militar por parte de los ejércitos liberales que, hasta ese momento en el resto del país, eran guerrillas irregulares producto de la derrota.

Al mismo tiempo, la trama de la novela *La guerra perdida del indio Lorenzo* también es la continuación por vía epistolar de la saga sobre la guerra de los Mil Días —Vicente Orduz el de *La bala vendida*— le hereda a su sobrino un legado de cosas y entre ellas, la historia de Victoriano Lorenzo, contada con detalles que justifican toda la novela.

¿Quién fue Victoriano Lorenzo? Una pregunta que el escritor responde de manera precisa con la historia encontrada cuando estaba en la trama de *La Bala vendida*:

Baena anota que fue un *“indio, liberal, campesino de las montañas de David, empezó a ayudar a la insurgencia panameña en asuntos de logística, pero se involucró más cuando el gobierno mandó una partida de caballería en busca de unos fusiles ocultos y arrasó su aldea, violó a las mujeres y torturó a su hermano. A partir de allí, él y sus cholos, célebres por su pasmosa puntería, fueron un cuerpo impor-*



Foto rescatada de Rafael Baena de la Guerra de los Mil Días

*tante de la llamada División Panamá y permanecieron invictos durante la guerra, asumida por Lorenzo más como lucha reivindicativa que partidista. Ascendido muy rápido a general, después del armisticio firmado a bordo del USS Wisconsin, el gobierno de Bogotá lo acusó de crímenes cometidos fuera de combate, lo condenó y lo fusiló”.* (Restrepo, 2015)

El novelista partiendo de hechos históricos reales, dateados y con suficiente información para tomarse la libertad de construir un mundo particular, nuevamente sobre personajes que la historia oficial se ha empeñado en olvidar de manera sistemática.

¿A quién le interesa la vida de un indio liberal que se convirtió en General?

El aporte de Baena entonces se enmarca dentro del contexto de las características de la nueva novela histórica latinoamericana que desde la segunda mitad del siglo XX registra unas características que Hernández (2010) sintetiza en tres aspectos:

1) *El rol que el pasado histórico juega en la ficción novelesca hace que lo individual se subordine a lo colectivo. Esto significa que las vidas personales son determinadas por el acontecer histórico, de forma tal que el devenir temporal adquiere el carácter de inacabado, no sólo en el sentido de que transcurre, sino también en que lo pasado puede modificarse al ser reinterpretado desde el presente, apareciendo la vida de los hombres como un acontecer dentro de otro que lo supera y determina.*

2) *Se ficcionalizan aquellos eventos o figuras históricas que han afectado el desarrollo posterior de los acontecimientos de un determinado grupo social y que forman parte del acervo común, ya sea porque aparezcan en los documentos históricos o porque perduren en la memoria colectiva del grupo social.*

3) *Y la historia se concibe como cons-*

*trucción discursiva, esto es, como un relato cuya narrativa se elabora desde una determinada perspectiva cultural e ideológica, con base en hechos registrados como reales; supuesto que implica que el material histórico de la novela es previamente textualizado en el discurso historiográfico. De suerte que, al recurrir a él la novela, no se constituye en una representación discursiva de los hechos históricos, cuanto, de las versiones de los mismos, esto es, en una versión de las versiones de los hechos materiales.*

Con *La guerra perdida del indio Lorenzo*, Rafael Baena cierra su ciclo de novelas sobre la guerra civil colombiana, deja un testimonio tejido con concentración, un aporte valioso desde la construcción de una alteridad histórica que vale la pena visitar cuando sea necesario y con la posibilidad de reconocer que se inscribe en la nueva tradición de la novela histórica colombiana que intenta contar al mismo país desde otras miradas, otras voces y otros sueños frustrados que nos adormecen y borran de la memoria lo que la historia misma se empecina en hacernos repetir a fuerzas de golpes.

En *Siempre fue ahora o nunca* transcurre la vida del país después de la segunda mitad del siglo XX, visto desde su experiencia de reportero y fotógrafo, con sus dinámicas crueles y las perversiones del poder en una sociedad que no tiene escrúpulos para borrar de un plumazo o de un balazo a quien se interponga en los intereses de los poderosos y sus mafias reconocidas.

Y con *Memorias de derrotas* (Alfaguara, 2017) Rafael Baena nos dejó su obra póstuma en donde se refleja de forma testamentaria su legado literario, que no es más que un recorrido por todas las vidas con sus triunfos y sus derrotas como periodista y escritor.

En esta novela póstuma Baena nos

recrea un mundo moribundo tanto en su “realidad real” como en la “realidad ficción” que desde sus padecimientos mortales de la enfermedad que padecía pudo transmitir a Marcelo, su personaje final que recoge todas las angustias de un país, de sus obras que no fueron obras al final y de la piel de los hombres de a pie en la agónica y compleja Colombia de estos últimos tiempos.

Terminamos así un recorrido breve y puntual por la obra de un novelista mimetizado entre los grandes y con callada voz entre los pequeños; a quien le debemos varias lecturas y miradas con ojos de lector hambriento y que quiera trazar un mapa preciso de las vicisitudes de una nación que se empeña en ser y no ser a pesar de sí misma.

### 5. Referencias bibliográficas

- ACOSTA, Nicolás (2016). Tanta sangre vista: la adaptación como reinención. <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/tanta-sangre-vista-la-adaptacion-como-reinencion/>
- AFANADOR, Luis Fernando (2015). Amor por los caballos. [www.semanacom](http://www.semanacom.com)
- BAENA, Rafael (2007). *Tanta Sangre Vista*. Rey - Naranjo Editores.
- \_\_\_\_ (2009) *¡Vuelvan caras, carajo!* Editorial Pretextos.
- \_\_\_\_ (2011) *La bala vendida*. Editorial Alfaguara.
- \_\_\_\_ (2014) *Ciertas personas de cuatro patas*. Luna Libros editores.
- \_\_\_\_ (2015) *La guerra perdida del indio Lorenzo*. Editorial Alfaguara.
- CASTAÑO GUZMAN, Ángel (2015). Las zonas oscuras de la historia. [www.elespectador.com](http://www.elespectador.com)
- DUQUE CARDOZO, Mario Alberto (2015). La última entrevista a Rafael Baena. [www.elcolombiano.com](http://www.elcolombiano.com)
- DUQUE, Lisandro (2008). La novela *Tanta sangre vista*. Recuperado de: [www.elespectador.com](http://www.elespectador.com)
- GIL GÓMEZ, Leonardo. CAMPO, Oscar Daniel (2016). Las vidas de Rafael Baena. Revista El Malpensante edición 171, febrero de 2016. Páginas 16-25.
- GUARÍN MARTINEZ, Oscar (2009). Baena Rafael. *¡Vuelvan caras, carajo!* Reseña recuperada de: [www.scielo.org.co/pdf/meso/v14n28/v14n28a12.pdf](http://www.scielo.org.co/pdf/meso/v14n28/v14n28a12.pdf)
- Hernández O, Biviana. (2010). Revisitando algunas claves de la novela histórica del siglo XX. *Acta Literaria*, (41), 101-116. Recuperado en 24 de mayo de 2016, de [www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-68482010000200007&lng=es&tlng=es.10.4067/S0717-68482010000200007](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-68482010000200007&lng=es&tlng=es.10.4067/S0717-68482010000200007).
- MOLANO, Alfredo (2011). *La bala vendida*, una mirada a la historia colombiana. <http://www.semana.com/vida-moderna/articulo/la-bala-vendida-mirada-historia-colombiana>
- RESTREPO, Carlos (2015). Somos una sociedad militarizada. Entrevista a Rafael Baena. [www.eltiempo.com](http://www.eltiempo.com)
- REVISTA SEMANA (2009). *Vuelvan caras, ¡Carajo!* Las batallas de la independencia contadas desde el punto de vista de la soldadesca. [www.semana.com/cultura/articulo/vuelvan-caras-carajo](http://www.semana.com/cultura/articulo/vuelvan-caras-carajo)

<sup>1</sup> Economista, Escritor y Columnista. Reside en Sincelejo. Miembro de la Unión de Escritores de Sucre. Docente investigador y colaborador del portal web [www.las2orillas.co](http://www.las2orillas.co)

## Poemas Miguel Villarreal Atencio

1  
Perdido en la isla de tu cuerpo  
Soy un náufrago  
Que no necesita rescate

2  
La desnuda hora del amor  
Espera que se junten dos cuerpos  
Solo falta el tuyo

3  
El tierno panal de tus senos  
Miel que quema mis labios

4  
En las aguas del río  
Navega el beso  
Que une nuestras orillas

5  
Sin leyes ni fronteras te amaré  
Hundiré la daga de mi pasión  
Con la certeza del otoño  
Yerta de amor  
Vivirás tus sueños  
Tu soledad cambiará de nombre

Del libro *Serenata antes de la hora final*

Viene página 1

## El remolino en el pecho

producto de los dilemas metafísicos? ¿Tendría sanación algún día? Empecé a tratarla con fármacos después de la autorización de los padres. Estaba un poco más controlado. Aunque ese día, en la azotea, empecé a sentir un nuevo tormento.

Volví a mi cuarto y me acosté. No dormí, solo miré el techo. Se acercaba la hora del almuerzo y me duché con agua caliente. Me vestí y bajé al comedor. Los padres estaban muy contentos, hablaban del misterio, de la unión hipostática, de la encarnación y de la comida y los regalos, por supuesto, algo importante para el día de la celebración del nacimiento del Niño en Belén. Yo no sabía si celebrar mi regalo o ahogarme en la profunda frustración. ¿Era un regalo o un castigo? Sentado a la mesa, en medio de los padrecitos, no hice más que comer y escuchar. Sonreía. Era gratificante ver a hombres viejos, eruditos que habían gastado su vida por otros, aunque aun así lucían sanos y santos. Pero yo, cuatro veces más joven que ellos, me enfrentaba ante la resignación de no poder ya pensar en otros, sino en mí, en esa punzada, en ese ardor que me desvanecía en un muerto vertical. Terminé el almuerzo y seguí caminando. Primero, segundo y tercer piso. Tercero, segundo y primero. La sensación seguía ahí, conmigo. Me consumía, me dominaba.



Caminaba por el segundo piso. Entré en la sala principal. Recibí unas cuantas llamadas. Primero del superior de la casa de los escolares. Luego algunos compañeros de estudio que estaban en lugares de misión. Ya lo sabían. No supe en verdad si era sincera compasión de hermandad o mera lástima. Me senté y me hundí en el hábito de preguntarle a mi propio espíritu qué era lo que seguía. Entró alguien a la sala. Vi que era el padre superior de la curia. Me invitó a cocinar la cena especial para la noche. Fingí dominarme y obedecí, digno de un joven estudiante. Entramos a la cocina y me dijo que pelara las papas. Eso hice, con el terror infantil de manejar el cuchillo. Ayudé en otras cosas que no recuerdo. El pecho se me alborotó

y en mi cabeza la idea de inmolación se hizo más potente como en los fuertes episodios nocturnos desde hacía dos meses. Necesitaba salir y caminar. Dar vueltas. Pedí permiso e inicié el recorrido. Entré en un baño del segundo piso. Vomité, solo fue saliva y sangre. Sentía la cabeza envuelta con un trapo y una cuerda en la garganta. Estaba mareado. Sentía mucho frío. Salí del baño. Me dirigí a la capilla. Traté de calmarme. No resistí estar en quietud. Volví a salir. Estaba desesperado. De nuevo. Sentía la amenaza de la muerte. Caminar, caminar, caminar. Distracción, buscaba distracción para esta mente desordenada. Sentía el pulso acelerado. Estaba inquieto. Respiraba hondo. La angustia era algo físico. Una situación límite. Me encontré con la puerta de la biblioteca. Entré en ella. No había nadie. Me senté en un sofá. Miré un punto fijo y esperé unos minutos hasta lograr algo de control. Ya oscurecía el día y prendí las luces. Había un computador con impresora. Inicié lo que había de hacer pronto. La escritura de un sentimiento que no me era propio fue un doloroso invento. Obligado a renunciar sin consentimiento, sin discernimiento, sin objeción de consciencia. Qué decepción, no fue mi decisión, sino la de otro la que destinó el rumbo de mi vocación. Aquello que creí en un momento, aquello de «por la salud de los nuestros se han de vender hasta los cálices» no se cumplía en mi caso. ¿O acaso era solo para los enfermos físicos y no para los de espíritu?

Terminé de escribir. La ansiedad era menor. Fui a la habitación y volví a bañarme con agua caliente. Bajé a la cocina y allí estaban todos, menos el provincial. Olvidé la hoja en la habitación, pero no regresé. Los padres estaban muy felices. Por un momento, quise olvidarme de todo y creer que todavía era uno más. No comí. Solo escuchaba a los hombres. Historias de la Orden, anécdotas de misiones en lugares extranjeros y apuntes de clérigos. Cuando ya casi todos terminaron, subí a la habitación por lo que había olvidado. Salí y busqué al provincial por toda la curia hasta que lo encontré tomando un wiski en la sala principal con los demás. «Aquí está la carta», le dije. Se la entregué con todo el aliento del que fui capaz para que ese remolino en el pecho se muriera junto con lo que había vivido durante seis años de estudios eclesiales. Se fuera para siempre. Después, sin ver al cura, me senté en la sala. Me ofrecieron varios tipos de trago, pero no recibí nada. Solo estaba ahí. Escuchaba a los padres conversar de sus estudios en Europa. «¿Y tú cuántos idiomas hablas?», me preguntó uno. «Solo español», le dije. Le produjo una gran risa. «¿Te gustaría estudiar en Roma?», me dijo. «Sí, claro», contesté por cortesía, aunque en mi interior Roma ya no era más que un destino absurdo. El anciano no dijo nada y volvió su mirada al vaso de licor que tenía en la mano. Seguí callado, ahí, sentado, con el pecho jodido, no se apagaba. Llegaron las doce. Pensaba en aquel día de la profesión de los votos. Día de promesas y renunciaciones. De nuevo era necesario renunciar, aunque una renuncia forzada. No había nada más que hacer en ese lugar. Me despedí de los ancianos: «Feliz Pascua», dije al salir de la sala. Subí a la azotea, solo, sin fe, y me puse a ver los fuegos pirotécnicos.

\* Estudiante de décimo semestre de Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander (UIS), nacido en Bucaramanga. Se caracteriza por ser un entusiasta del aprendizaje y la reflexión de asuntos relacionados con el espíritu, las humanidades y las artes.

Segundo premio

## Óyelo que te conviene

▪ **Óscar Pachón Torres**

El chorro de agua fría en la espalda avivaba la ilusión de Veneno por ganar el concurso. Se frotó la nuca con la toalla, repitió “voy a ganar, voy a ganar”, como le había aconsejado el profe. Se puso el pantalón verde jade, las medias negras. Vistió la camisa aguamarina, se peinó con un viejo cepillo y salió con la chaqueta bajo el brazo. En el taxi, se sobó la espalda contra la silla, esperando que no volviera el dolor. Pensó en lo que le dijo el profe. Seguridad, pecho arriba, sonrisa, dispuesto a cautivar al público, pero sin exagerar. Movimientos elegantes, sin titubeos. El portero de la discoteca lo saludó y le dijo que era el mejor. Veneno le agradeció, pero lo atormentaban las dudas, sabía que Mancho era un bailarín extraordinario.

Saludó a Nadia de beso en la mejilla y pasaron al improvisado camerino en la bodega. Ella lo abrazó, vamos a ganar. Ensayaron la pieza tres veces. Un, dos tres, cinco, seis, siete. Entró el profe a observarlos, lo vio todo bien, solo le sugirió que levantara un poco la mirada y enderezara el cuerpo, la espalda encorvada proyecta inseguridad. Movimientos un poco más redondos con los brazos, mano mariposa y ya está, Nadia, pidió el profe. En un receso, Veneno le escribió a Sandra:

“Es a las ocho y media, ¿al fin vas a venir? Hoy sí gano. Tú me das la fuerza”.

Buscó un emoji corazón, lo borró y envió el mensaje. Desesperado, exploró las noticias de deportes por un momento en su teléfono.

“Hola, ah, no me acordaba de tu presentación, estoy lejos, y ocupada”.

“Dijiste que venías”.

“Ay, no me acordé, discúlpame, no creo que llegue”.

“Te espero”. Coló un emoji dando beso.

—Ya casi— dijo Nadia—.

Sonaron las últimas tonadas de la versión acelerada de *Óyelo que te conviene*, luego gritos y un aplauso. Veneno sintió un frío temblor en las manos mientras se ponía la chaqueta: Ariadna tenía una coordinación envidiable, Mancho era armonía pura, lo

habían hecho perfecto sin lugar a dudas, el aplauso no paraba.

Habló el presentador: “Veneno y Nadia, hace dos meses nadie los conocía. Hoy disputan el título, démosles la bienvenida”. Sonó un aplauso discreto. Él le aprieta a Nadia los delgados dedos al cruzar la mano.

—Suerte —le dice ella mientras lo mira e intenta besarlo, él gira la cara y siente agradable la humedad dejada por el labio junto al ojo derecho.

—Lo vamos a hacer esta vez —le dice él y le da un beso en la frente. Ella lo hala de la mano. Salen.

Él, nervioso, endereza la espalda, sonríe, le levanta la mano y caminan hasta el borde de la pequeña tarima donde hacen una venia. Regresan, posición inicial, inclinados a la izquierda, de perfil al público, mirada abajo, brazo derecho extendido hacia arriba, clara diagonal. Silencio. Piano, conga y timbal. Suena *Agua que va a caer*, dan algunos pasos en sentido opuesto, giran para quedar frente a frente, ella se impulsa y se lanza, él la levanta de la cintura, rollo en el aire, golpe seco del tacón, aterrizaje inmejorable. Un tres sesenta, dos giros a mano cambiada. Corren cada uno a un extremo de la tarima, ella da los mejores golpes de cadera de guaguancó, él gira en el eje, en la punta del pie izquierdo, de manera que brillan las verdes lentejuelas de la chaqueta.

Él recuerda la caída de la primera vez que lo intentó:

—Levántese, marica —le dijo el profe



en un entrenamiento—. El que no sabe dar un simple giro no puede ser bailarín.

Aunque deseó golpearlo, solo le devolvió una sonrisa que se le dibujó en el rostro de forma casi involuntaria.

Juró vengarse, pero ahora le agradece al profe porque el giro sale perfecto: ojos siempre en el público, que aplaude y grita: “Duro, Veneno”. Vuelven al centro, juego de giros, claves, rodilleo coordinado, escobilleo veloz con extensión total de pierna, un, dos tres, cinco, seis, siete. El empuje del zapato destella, la técnica de Nadia, la mirada, los flecos de su falda vuelan a los lados sin piedad, cuando mueve los brazos parece dibujando rostros a trazos finos y bien definidos. El profe se frota las manos frente a la boca, sabe que tienen técnica impecable pero siempre se inventa un error para sugestionarlos, si les dice que son perfectos lo van a creer.

Un, dos, tres, cinco, seis siete, giros brutales, sincronía, expresividad. Últimos quince segundos, una cargada para rematar. Él se agacha un poco, le envuelve la cintura, ella se inclina al otro lado de manera que sus cabezas parecen puntas de una estrella. La levanta y endereza su propio cuerpo, la va girando poco a poco, está invertida, medio giro más y ya, no vieron lo que hicieron Mancho y Ariadna, pero sienten que van mejor, se lo dice la confianza. No hay ni un ruido aparte de la música, la respiración de los espectadores parece contenida para

siempre. El tacón del zapato de Nadia se proyecta al cielo y las piernas marcan el descenso del círculo en el aire, doradas manecillas de reloj. La luz amarilla y violeta se refleja, como en un extraño amanecer, en la media velada. Veneno aprieta las manos, no se va a permitir dejarla caer. El clap del tacón al piso, los brazos libres arriba parecen alas de águila.

Suenan los aplausos y los gritos, y ellos, cogidos de la mano de manera casi íntima, se miran por un momento. Él agacha la cabeza, cierra los ojos. Lo traiciona el tic del pie derecho. Siente que los brazos le tiemblan al escuchar su nombre y el de Nadia en la voz del presentador. Inhala profundo y grita, ¡sí! Se abrazan y desfilan para el público en la

tarima. Escucha el “nuestros nuevos campeones tienen para muchos años”. Sí, lo voy a ganar todo, siempre campeón, se dice.

—Te quiero —le dice a Nadia.

Vienen la risa nerviosa y el llanto, contenidos por su tendencia escolar a mantener la compostura. Le brillan en el pecho los puntos de escarcha cuando hace el movimiento para la venia. Al fin tienen un título. Siente sobre su hombro el brazo del profe, que también abraza a Nadia. No se pueden liberar de la tierna brusquedad. El profe besa a Nadia, luego a él, en la mejilla. Él suelta a Nadia y coge al profe por los hombros:

—Lo hicimos, viejo —le dice.

—Al fin aprendió a girar, pendejo —le responde el profe, que se pierde entre la

multitud.

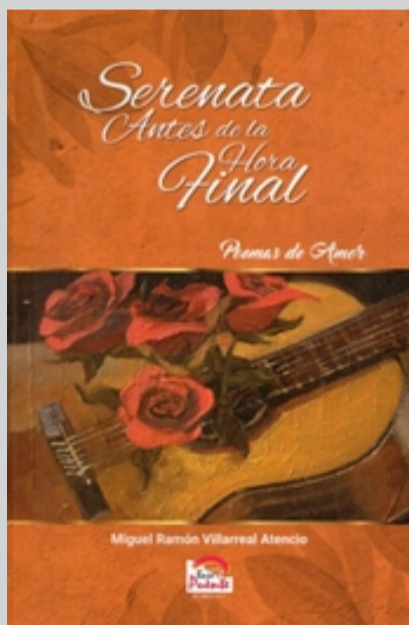
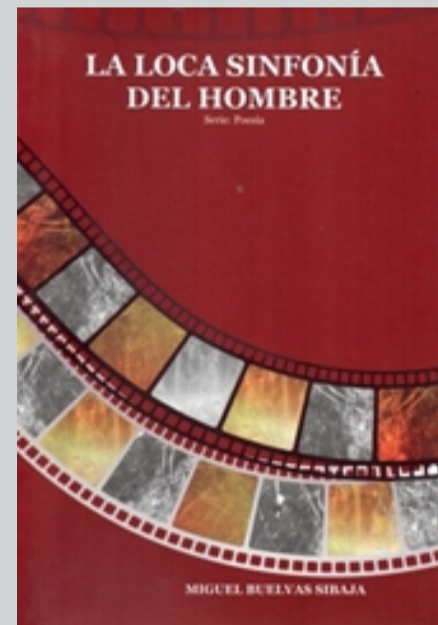
Labios anónimos les estampan en la mejilla besos a granel. Posan para fotos con desconocidos que quedan retratados mientras tocan el trofeo.

Treinta años después, Veneno recuerda en el tedio de la fila, reponiendo aquello que los años le han robado de la memoria. El pi, pi, del lector del código de barras le suena parecido al tacatá, tacatá del timbal. Hace años que no sabe de Nadia, ni de Sandra, ni del profe. Al fin le toca el turno, paga, mete el paquete de cigarrillos al bolsillo del jean, sale con todas las bolsas que pone en el baúl del taxi. Venir con el mercado a casa es un pequeño triunfo.

## Reseña

**LA LOCA SINFONÍA DEL HOMBRE:** MIGUEL BUELVAS SIBAJA. Montería: Fundación Lazos Invisibles, 2018.

Hay escrituras que pueden verse como sueños imperceptibles sobre las paredes de la memoria. Hay otras que son cintas olvidadas en cajones empolvados y que cuando las miramos a la luz, tan solo son espejos en donde no nos reflejamos. La de Miguel Buelvas, aún más arriesgada, nos introduce en una sala oscura en la que se proyectan imágenes de nuestras propias vidas, donde personajes ficticios terminan mezclados con alguien real que emerge de una pantalla gigante en la que nosotros mismos caminamos, perdidos en nuestros propios recuerdos: **Jhon F. Galindo.**



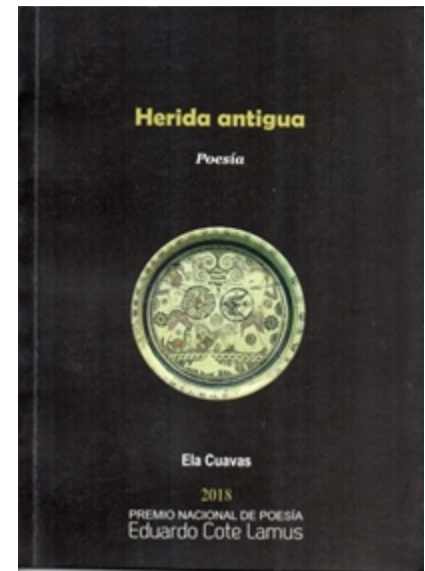
**SERENATA ANTES DE LA HORA FINAL:** RAMÓN MIGUEL VILLARREAL ATENCIO.

Montería: Fundación Bajo el Puente, 2017

Los textos poéticos de *Serenata antes de la hora final* no son extensos; son micropoemas en los que se condensan los deseos de un ser poético que sigue creyendo en el amor erótico como el sentimiento más humano, preservador y fertilizador de la vida, el que más une al ser poético con la naturaleza y en donde la imagen de la mujer se convierte en el puente que une al hombre con la naturaleza y con la dimensión cósmica de lo mítico, con ese tiempo en el que el ser humano trasciende su condición de sujeto mortal, infinito, habitante pasajero de esta nave planetaria llamada tierra. En *Serenata antes de la hora final* hay derroche de imaginación creativa; revolotea la novedad, lo inesperado, las imágenes de la fertilidad, metafóricamente expresadas en la flor, aroma silvestre, erótica fragancia, esencias nuevas, lecho de rosas, huerto, alas de turpial, panal, miel, oropéndola, follaje de amor, nido, jardín donde florecen heliotropos y jazmines, cayenas y trinitarias, azucenas y petunias, orquídeas, girasoles, y gardenias, claveles y rosas, lirios y tulipanes, margaritas y amapolas; en fin, la primavera florecida, un mundo de luz (...). **José Palomo Zurique.**

MIGUEL VILLARREAL ATENCIO es cultor de la música folclórica de la Costa Caribe, ha realizado trabajos discográficos con los grupos Los Zambraneros, Nosotros y Ébano que incluyen catorce canciones de su autoría. Voz líder de los Cd Corazón Caribe, Convéncete y la Sinú Star, donde interpreta temas de autores cubanos, puertorriqueños, argentinos, jíbaros, colombianos, y Tributo a José Barros, con la orquesta de gaitas del maestro Juancho Nieves y la Tribu Barají. Ha publicado los poemarios *Versos iniciales* (2001), *Bajo el mismo cielo* (2003), el libro de cuentos *El burro Catapila* y otros cuentos de Zambrano (2006), y el libro mixto de cuentos y poemas *La maestra de León Medio –Bajo el mismo cielo* (2013).

## Poemas de Ela Cuavas, del poemario “Herida antigua”, Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, Cúcuta, 2018



### Alfabeto

Las palabras me asaltan y de tanto tocarlas enloquece el piano. Las palabras duermen en mí, pero al tomar el lápiz despiertan todas en confusión de pájaros.

Platón y el nombre de los amantes, Van Gogh y su desordenado alfabeto, Artaud y su Torre de Babel.

Las palabras juegan a las escondidas y yo quiero atraparlas como a moscas, derribarlas con mi arco de fuego sin molestar a Dios.

### Arte poética

Noche a noche me interno en esta casa de corredores oscuros donde es preciso aguzar el ojo para no caer. La lluvia, como música, se despeña sobre mí y de tanto cantar lloro como una niña extraviada en mitad del bosque. En la alta noche crujen los postigos de mi casa; es el espíritu del árbol que ha despertado reclamando toda su savia.

### Escrito en un libro de dibujo

Sentada en la raíz de un árbol, trato de descifrar las líneas de una hoja que ha caído sobre mi sucia cabellera. ¿Es el mar o el cielo lo que se dibuja entre azules?



### Herencia

I  
Muda la existencia del hombre porque las palabras aún no corrían por las raíces del árbol. El hombre vagaba por el bosque y recolectaba frutos, y entonces fue verbo su alimento. Él lo supo siempre; por eso este lápiz con el que dibujo los signos que me heredó el árbol.

II  
Recuerdas la noche en que te fueron dadas las palabras. Tú dormías junto al río y despertaste sediento y bebiste de la orilla donde abundaban flores. Un pequeño grito de placer fue el primer indicio.

### Con deseos de escribir

Quiero escribir y mi mano no obedece; trazar los pasos que me conduzcan a un laberinto menos terrible, comer de ese fruto desgarrado con mi boca de fuego; pero mi mano se acostumbró al retorcido destino y al sacrificio del árbol que habita el huerto prohibido. Ángel de sombra, esta noche robaré tus palabras para encender mi estrella a la hora que adivinas, porque tú no sabes del dolor de los tendones ni de la madrugada que se estaciona en los ojos. Quiero escribir, y entonces toco tu lengua y mis manos se queman. Con mis manos, ahora ceniza, empezaré el primer verso.



### Jugar con fuego

Es un oscuro juego como aquel que jugábamos a escondidas de mamá. Precisa la noche para llevarlas una a una por oscuros corredores, arrastrarlas o acariciarlas hasta que cedan. Jugar con fuego, jugar con palabras.

### Una palabra

Quiero una sola palabra que lo nombre todo: el dolor de la infancia, el miedo al amor, la rosa que se desborda de belleza, el canto de la luz en mi ventana. Quiero acertar con una sola palabra. Porque el poema no basta.

### Meditaciones sobre el árbol

I  
Cuántos animales ya extinguidos habrán dormido bajo tu sombra y agradecidos por tu generoso abrigo han dejado sus huesos a tus pies.

II  
El árbol plantado a orillas de un río alimenta de palabras como nube o pájaro al que bebe de la orilla.

III  
Hay un árbol en la infancia en el que jugábamos a las escondidas y que quizá haya vuelto a tomar con mi pulgar y mi índice o tal vez me esté esperando al pie de algún sepulcro.

### Ela Cuavas Acosta

(Montería, 1979), poeta y ensayista. Licenciada en español y literatura de la Universidad de Córdoba.

Hace parte de la Antología de poetas colombianos, preparada por Federico Diazgranados para la revista mexicana de literatura *Círculo de Poesía*. Su primer libro de poesía *Juntar los huesos*, fue publicado dentro de la colección *Voces del fuego*, Editorial Pluma de Mompox, Cartagena, 2011.

La revista de poesía *Exilio* publicó en 2014 su antología *Músi-*

*cas lejanas*. Hace parte del libro *Como llama que se eleva* –Antología de Mujeres Poetas del Caribe colombiano– Ediciones Exilio, Bogotá, 2017 y de la antología *Queda la palabra yo*, publicada por Eme Editorial, España, 2017.

Parte de su obra ha sido publicada en revistas del país y del exterior. Algunos poemas suyos han sido traducidos al alemán por Karina Theurer para la revista *Alba de Berlín*. Actualmente es candidata a magister en Didáctica de la lengua y la literatura española, de la Universidad de Nariño.

# Un festival en pleno apogeo

Este festival se dedicó a la vida y obra del excelente escritor, académico e investigador sucreño Jairo Mercado Romero

El XXVII Festival de Literatura de Córdoba y del Caribe se inició en la mañana del 7 de septiembre en el auditorio cultural de la Universidad de Córdoba, con las palabras de bienvenida del profesor Mauricio Burgos Altamiranda, director del Departamento de Español y Literatura de esa universidad.

A continuación, el invitado especial Michael Palencia-Roth, profesor Emeritus de la Universidad de Illinois, reflexionó sobre la topología en la obra total de Manuel Zapata Olivella. La disertación fue magistral y satisfizo plenamente las expectativas de los asistentes. Quedó en la memoria el concepto que emitió el conferenciante: “No hay espacios sin hombres, ni hombres sin espacios”.



Michael Palencia-Roth en su charla

A esa misma hora en el megacolegio El Recuerdo, al sur de la ciudad, Diego Despreciado, Juan Sebastián Sánchez y Mateo Santero, de la delegación de Urabá, leyeron sus poemas en medio del entusiasmo de los jóvenes asistentes; luego, Julio Miranda Díaz, docente de San Antero, planteó con solvencia su punto de vista acerca de *Tierra Mojada*, la novela inicial de Zapata Olivella.

En la jornada de la tarde, en la Cámara de Comercio, se inauguró la exposición pictórica de Joaquín Murillo, titulada *Etnias y naturaleza*; a continuación Luis Majín Rodríguez, monteriano radicado en Cali, analizó los planteamientos de Estanislao Zuleta relacionados con la novela *La montaña mágica* del escritor alemán Thomas Mann; Félix Manzur, de Lorica, presentó y leyó poesía de su texto *Latidos*. José Manuel Vergara, de Montería, leyó poemas de su reciente libro *Números de viento*. Guillermo Tedio, profesor de la Universidad de Atlántico, disertó sobre la cuentística de Jairo Mercado Romero, el escritor homenajeado en este Festival. Y Elizamath Agudelo presentó el monólogo *Las felicidades de mamá*, obra de José Luis Garcés González. En esta sesión, es de destacar la entrega de las llaves de la ciudad que la Alcaldía le hizo al profesor Michael Palencia-Roth, y también su declaratoria de Huésped Ilustre de Montería. La entrega de esta documentación estuvo a cargo de la jefa de Asuntos Culturales del municipio, Natalia Betancur.

El viernes 6 se inició con la presentación que hizo Clinton Ramírez, de Santa Marta, de la reciente producción editorial de la Universidad del Magdalena: los *Cuentos felinos 2*; *Textos inútiles*, de Adolfo Ariza; y la recopilación *Vía alterna, 2+3 años de periodismo cultural*, de Anabell Manjarrés. De inmediato Yulieth Garro, de Urabá, empezó su interesante conferencia: 'Puerto cacó: biodiversidad y tradición en Zungo abajo'. Continuó el homenaje a Jairo Mercado Romero con la intervención de José Luis Garcés González, quien hizo evocación de sus primeros encuentros con el escritor sucreño en la década del 70 en la sede de la ADE en Bogotá; prosiguió Alberto Hernández, que planteó un recorrido por la historia de los años turbulentos de finales del siglo XX y reseñó su relación con el profesor Mercado en las aulas de la U. Nacional; para concluir esta jornada, José Ramón Mercado, hermano de Jairo, leyó un extenso poema de acentuadas reminiscencias familiares.

En el mismo horario, en la I. E. Santa Rosa, los poetas de Urabá leyeron sus textos, y la docente Ayda Cervantes dramatizó exitosamente “El velorio campesino”, de Guillermo Valencia Salgado (Compae Goyo).

En la Cámara de Comercio, a partir de las 3 p.m., Gustavo Tatis, quien llegó de Cartagena, conversó sobre el maestro García Márquez y contó la historia de su reciente obra: *La flor amarilla del prestidigitador*, publicada en España, pues en Colombia las editoriales se negaron a hacerlo. Luego, Víctor M. Almanza, docente de El Bagre, presentó su novela juvenil *Paloma de cristal*. A continuación, Ignacio Verbel, de Tolú, leyó un texto analítico sobre el poemario *Canción de sol*, de Andrés Elías Flórez Brum, quien después nos entregó un valioso seriado de sus poemas.

En las horas de la noche, en el Hotel Sinú, se realizó una tertulia, en la cual intervinieron Albio Martínez, José Manuel Vergara, Mateo Santero, Diego Despreciado, Pedro Olivella, Beethoven Arlant, Luis Roberto Mercado, William Arroyo, Luis Payares Mercado, Juan Sebastián Sánchez, Ela Cuavas, Miguel Villarreal, José Joaquín Solano y Aglaé Caraballo. Esta tertulia combinó, con muy buenos logros, la lectura poética con las presentaciones musicales.



Presentación de poetas de Urabá en el Megacolegio El Recuerdo

El sábado 7 de septiembre empezó con la intervención del docente Armando Vergara, de Sahagún, quien presentó su libro *Reinaldo Ruíz Simanca*. Una voz de la tradición oral. De inmediato,



Gustavo Tatis presentando el libro *La flor amarilla del prestidigitador*

Pedro Olivella nos entregó un ensayo sobre el cuentario *Enigmas paralelos*, de Beethoven Arlant, y este leyó, en medio de mucha atención, uno de los cuentos de su libro.

El psiquiatra José Luis Méndez abordó su conferencia 'Los dioses no mueren de infarto cardíaco', y dejó sembrada la inquietud sobre los temas espirituales de nuestro tiempo.

El profesor de la Universidad de Illinois, Michael Palencia-Roth, desarrolló un interesante diálogo con José Luis Garcés González sobre aspectos humanos y académicos de su vida en los Estados Unidos.

La jornada prosiguió con la entrega de los pergaminos de Reconocimiento Cultural a los valiosos escritores sucreños Ignacio Verbel y Ricardo Vergara, quienes agradecieron el gesto en sendas intervenciones. Ela Cuavas leyó poemas de su laureado libro *Herida antigua*, premio del Concurso Cote Lamus de Cúcuta 2018.

Estefanía Hernández, de la delegación de Canalete, declamó el poema *El Maestrillo*. Por su parte, Estefanía Martínez, de San Carlos, memorizó el texto *Las cosas que cuenta la vida*. Miguel Villarreal leyó textos de su obra *Serenata antes de la hora final*, y luego interpretó tres temas de su trabajo musical *Al compás del son*.

Al final, Inaldo Chávez, uno de los jurados, leyó el fallo del concurso de cuento: el primer premio fue para Fernando Arévalo Morales, de Bucaramanga, por su cuento *El remolino en el pecho*; el segundo premio fue para Óscar Javier Pachón, de Bogotá, por su cuento *Óyelo que te conviene*; la primera mención fue para el cuento *Trece letras horizontales*, de Nicolás Rodríguez Sanabria, de Bogotá, residente en Texas(USA); la segunda mención la obtu-

vo Efraín Villanueva con el cuento *Tan larga como el tren de la línea 33*, de Barranquilla, residenciado en Alemania; la Tercera mención fue para Reinaldo Bernal Cárdenas, de Bogotá, por su cuento *Raeggeton*; y la cuarta mención le fue adjudicada al texto *Obsesión*, perteneciente a Pablo Patiño, de La Unión (Antioquia). El XXVII Festival de Literatura contó con el apoyo del Ministerio de Cultura, Banco de la República, Cámara de Comercio de Montería y Alcaldía de Montería.



Luis Majín Rodríguez durante su charla en el XXVII Festival de Literatura

## Del "Soneto 126"

Crear que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Lope de Vega

# Cámara de Comercio

**Apoyamos la cultura  
y el empresarismo  
regional.**



 **Cámara de Comercio  
de Montería**  
Para Córdoba!

**Félix Manzur Jattin**  
Director Ejecutivo

## Poemas de José Libardo Porras Vallejo

### PRESOS DE AMOR

Si fuéramos dos astros  
en la Carreta de Carlos recorreríamos la noche besándonos, fuera de  
órbita, como dos amantes clandestinos.  
Me alimentaría con tu respiración y tu sudor de Osa en celo.  
¡Cómo llovería luz sobre el mundo!  
Una llamarada a través del cielo, el amor, si fuéramos dos astros.

Si fuéramos dos pájaros  
todo el día picotearía en tu nido emplumado.  
Para acariciarnos, no para volar, usaríamos las alas: dos cargueritos  
cargados de deseo navegando a la deriva en el aire.  
Cosa volátil y de sangre caliente, el amor, si fuéramos dos pájaros.

Si fuéramos dos peces  
sobre la arena del fondo yaceríamos ahogados de placer, entre lasciva  
espuma, sin escamas.  
Para calmarme la sed nadaría en la leche de tu cuerpo.  
Agua misteriosa y honda, el amor, si fuéramos dos peces.

Si fuéramos dos ángeles  
gozaríamos de lo lindo dándonos lengua y llevando a gritos el mensaje de Dios.  
Te escribiría poemas terrenos. Te besaría allá.  
Como hombre y mujer presos de amor, como lo que somos, si fuéramos  
dos ángeles.

### Canción para el amante satisfecho

Sentiste a Dios.

Por un momento olvidaste de qué pobre y sucia materia estás hecho,  
por un instante no te atormentó el baladí negocio de tus días.  
Un instante de puro presente,  
un fragmento de tiempo puro, una gota de tiempo aislada del río del tiempo.

Ahora contéplate en tu lecho de amante, vencido,  
como una gran cosa muerta e inexplicable, como un fantasma indefenso y sin uso.  
Mira tu flacidez, la inutilidad vergonzosa de tus miembros.  
En el estiércol de tu obligada mansedumbre florece la flor de la miseria perfecta,  
la que desconcha las paredes de las casas de vicio y placer,  
la que cubre de pardo orín la mirada de los homicidas.

Gloria a tu cuerpo enhiesto en su bravura de macho cabrío, a tu carne  
hambrienta.

Ahora quisieras huir.  
Te ahoga el magro olor a hembra que nada entre las sábanas y deseas  
estar lejos, oh, satisfecho.  
Escuchas correr el agua del retrete,  
escuchas los ruidos de tu amada en el baño:  
ésa es la vida verdadera. Nadie escapa.



### Tu casa es esta, Teresa

Tu casa es esta, Teresa.

¡Vuelve!

Te lo digo,  
no porque no estés aquí,  
sino porque te has ido.

En el patio  
desde donde tantas veces contamos las  
estrellas  
hay quien te espera,  
porque a un hombre no le alcanzan para vivir  
los frutos de su huerto,  
el sol de la mañana  
y el agua fresca del aljibe.

### Aurea mediocritas

¡No fui designado a la Gloria!

Desde mi ventana vi desfilar los Regimientos.  
Muchos iban de frente a la Guerra  
y regresaron mártires,  
o héroes.

Para las manos de otros fue exacto el puño de  
la espada.  
A otros cuerpos,  
no al mío,  
les vino bien la armadura  
y el frío mármol.

¡No fui designado a la Gloria!

Fue otra mi manera de quedarme solo.

\* Poeta, narrador y gestor cultural nacido en Támesis, Antioquia, Colombia, en 1959. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Publicó los libros de poemas: *Partes de guerra*; *Hijo de ciudad*. Los libros de cuentos: *Historias de la Cárcel Bellavista* (Premio Nacional de Literatura); *Mujeres saltando la cerca*; *John Lennon en el balcón*. Y las novelas: *Hijos de la nieve*; *Happy Birthday*, *Capo*; *Fuego de amor encendido*; *El degüello*. Murió en Medellín el 21 de octubre de 2019.

### **Carta de consuelo del padre A su hijo recién casado**

Toma a tu mujer ahora que su carne se abre a ti, temblorosa y hambrienta,  
ahora que su corazón truena como los carros cargados de azúcar cuando dejan el valle y trepan la cordillera  
y su piel arde con la violencia de un alto horno recién encendido.

Consúmela sin freno. Sin cálculo.

Ya tendrás tiempo de sobra para dedicarte al negocio  
y gastar tu cuerpo deleznable dando cuerda a tus estériles sueños de perfecto marido.  
Ahora que ella ansía el roce de tus manos y la humedad tibia de tu lengua para incendiarse por dentro,  
ponle dinamita en su torre de energía y déjala sin energía, a oscuras, ciega de gozo.

No te des tregua.

Después hasta tu sombra le estorbará como estorba al cazador el sol en el cielo,  
como al fugitivo estorba un camarada enfermo,  
como estorba en el andén un mendigo que exhibe su llaga.  
Después ni siquiera soportará tu respiración bronca de viejo.

Éste es el tiempo.

Enloquéete lamiendo sus humores de hembra, sus enamoradas sales, hasta desfallecer.  
Con los años verás que nada era tan importante.  
Con los años tendrás el recuerdo de un olor y un sabor a almidón y sudor y sangre mezclados,  
semejante al vaho que exhalan las cantinas al alba,  
y de un grito de mujer como de bestia herida.

Será algo, al menos, para no ahogarte en el cenagal

### **Razones de amor**

Con palabras sencillas y duras de metal y piedra,  
para que se conserven en tu corazón como un corazón grabado a navaja en los árboles y las bancas del parque,  
te voy a enumerar las inventadas razones de mi amor.

Te amo porque me haces pensar con todo el cuerpo.  
Hasta los dedos de los pies son ricos en ideas cuando yaces desnuda y cantas.  
Cuando te recuestas en mí toda untada de agua de estrellas,  
hasta la última célula, la más recóndita,  
da claves que me ayudan a entender la eternidad.

Te amo porque agregas sed a mi sed y hambre a mi hambre,  
porque no eres la saciedad, que es la muerte.  
Porque, como un espejo, me devuelves la imagen de un pozo sin fondo, un abismo humano y hermoso.

Te amo porque no te embriagan los conceptos modernos del amor.  
Te amo porque no es un amorcito sarmentoso y paria el que en mí cultivas,  
ni sarmentosos y parias son sus frutos.

Ojalá sobre la tierra pudiera llover el jugo de tu amor.  
Quisiera servir tu amor a los pobres en platos de oro.

Te amo porque quitas filo a mi alma y me haces perdonar a Dios.  
A Dios le palmeo el hombro cuando, bañado en sudor macho de hombre, regreso de tu abrazo.  
Porque te amas a ti misma, te amo.

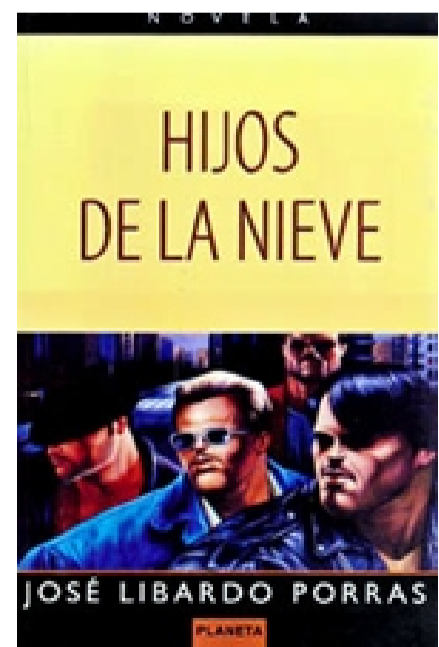
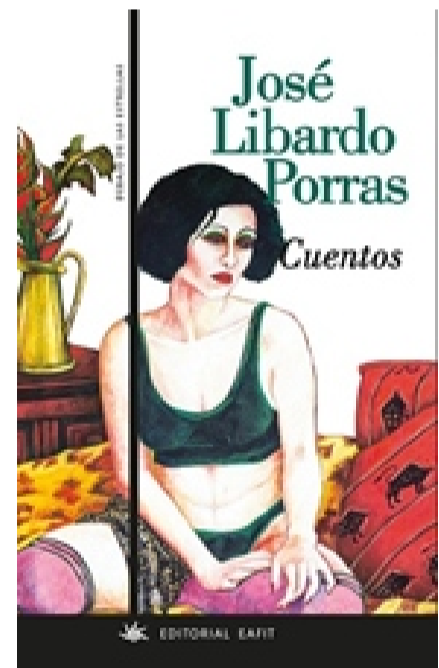
### **Generaciones**

Adiós, padre mío.  
Bendíceme.  
Marcho a la guerra.

No inquietas en cuál de los bandos voy a alinearme,  
ni contra quien apuntaré mi M-1.  
Por tu bien es mejor ignorarlo.

Cuando fue tu tiempo  
saliste a defender cuanto amabas.  
Ahora mismo, si te asistieran fuerzas,  
darías la vida por tus ideales.  
Pero ya es a tu hijo  
a quien le corresponde salir a pelear  
por los suyos.  
Es joven y robusto  
y puede hacerlo.  
En cambio tú...

Te cuadra más, padre mío,  
quedarte en casa recordando viejas glorias.  
Si no fuera de tal modo,  
nos dolería hondo encontrarnos en el campo de batalla y yo no haría un buen combate  
teniéndote en la mira.



Cuento inédito

# Jalila me está esperando

▪ **Rubén Darío Álvarez**

Escritor y periodista cartagenero. Actualmente se desempeña como cronista, reportero y periodista cultural del diario *El Universal*, de Cartagena. En 2007 ganó el Concurso Nacional de Periodismo de Colprensa, con la crónica: *Comer basura, la otra forma del reciclaje*. Autor de los libros: *Noticias de un poco de gente que nadie conoce*, *Crónicas de la región más invisible*, *La fuga del esplendor: conversación con la música cartagenera de los años 80*, *Chela Ceballos, la musa que no se rindió*.

**A**vanzaba la madrugada cuando el pianista alcanzó a ver, entre la penumbra atravesada por unos cuantos reflectores azulados, la cara de la señora elegante acompañada de dos damas, igualmente ataviadas con informales pero finos atuendos. Era rubia, de estatura regular y aparentaba unos cincuenta años. El pianista había subido al bar del hotel en compañía de otros tres músicos, con quienes ingirió unas cuantas cervezas en los kioscos de las playas y comió algo ligero, mientras regresaba al escenario. No miró el reloj, pero intuía que era la una y treinta. A esa hora llegaban más clientes (entre turistas y huéspedes del hotel), crecía el humo de los cigarrillos y las conversaciones se hacían ininteligibles contra el sonido de los partidos de béisbol que transmitían los televisores. En el momento en que la banda se aprestaba a entregar un nuevo recital, las pantallas se apagaban y las miradas se dirigían al escenario. Esa vez no fue diferente. Sin dejar de hundir los dedos en las teclas, el pianista paseaba la mirada suavemente sobre el perímetro del bar, y más de una vez se tropezó con los ojos de la cincuentona, quien se había dedicado a observarlo. Se llamaba Jalila Jassier. Pertenecía a los descendientes de la comunidad sirio libanesa asentada en la ciudad desde el primer cuarto de siglo. A sus veinte años había sido una de las mujeres más hermosas que integraban la élite, pero solo contrajo matrimonio a los 27, cuatro años después de haber egresado de la Facultad de Administración de Empresas. Compartió aulas con Demetrio Scaff. Con él logró establecer una cadena de negocios que incluía hoteles, flotas de taxis, locales comerciales y hasta acciones en algunas de las principales empresas de la zona industrial de la bahía. Confiada en la capacidad de trabajo y en el manejo de poder económico y logístico de su esposo, Jalila pudo haberse conformado con el papel de ama de casa que muchas de sus contemporáneas prefirieron asumir. Pero, en vez de eso, se arrogó el manejo de sus propios hoteles y flotas de taxis mientras Demetrio participaba en negocios que lo mantenían viajando dentro y fuera del país. Tuvieron dos hijos, quienes optaron por vincularse a universidades extranjeras, de las cuales egresaron para presenciar de cerca el divorcio de sus padres y la manera como cada cual administró la recuperada libertad: mientras Demetrio se ennovió con una antigua compañera de trabajo que le igualaba la edad, Jalila vivió un tiempo con sus hijos hasta que forjaron espacios en solitario y lejos del ambiente de la crianza. Fue así como la aguerrida empresaria se reencontró con sus amistades de la adolescencia y programó periódicas reuniones y periplos que incluían paseos a sitios exóticos nacionales e internacionales, pero sobre todo la exploración de la ciudad nocturna. A veces ideaban fogatas en las playas y bailaban hasta la madrugada en discotecas y bares de hoteles con agrupaciones musicales de planta, instrumentistas o algunos de los cantantes famosos que pasaban por la ciudad. La agenda variaba teniendo como patrón los estados de ánimo de las compañeras de turno, acaudaladas y separadas como ella o en trance de acometer divorcio. Ahora



estaba ahí, detrás del pianista, quien, concentrado en guardar su instrumento en un estuche negro, no se percató de la presencia de la admiradora hasta que esta lo elogió.

—Que buen pianista es usted. Lo felicito —le dijo.

—Gracias —respondió él girando la cabeza, mientras seguía empacando.

—¿Tiene velada todas las noches?

—No. Solamente de jueves a domingo.

—Entonces estaré pendiente para volver uno de esos días.

—Cuando guste.

Jalila se retiró suavemente hasta donde le estaban esperando sus amigas. El pianista terminaba de organizar sus envoltorios sin dejar de aspirar la estela de perfume delicado que la recién conocida había dejado en la pequeña tarima. Era, según sus apreciaciones, el aroma del buen gusto y la distinción. Ya lo había olfateado otras veces, de manera que lo más probable era que la ponderación de la simpaticante se le olvidara en el transcurso de las siguientes noches. No fue así. Jalila Jassier, esta vez sola, regresó al jueves siguiente. Pero, para encarar al pianista, no esperó a que se terminara la velada. En cuanto lo vio le hizo señas de que se acercara a su mesa, le ofreció bebidas e iniciaron una conversación. O más bien, un interrogatorio dirigido por ella, que solo se interrumpía cuando al pianista acudía al llamado de la orquesta. Un poco más allá de las dos de la madrugada Jalila se retiró del bar con la promesa de regresar antes de que se acabara el fin de semana. Al pianista se le quedó en la memoria el gusto de la empresaria por el cigarrillo, la lentitud y la elegancia con que lo fumaba y el glamour con que tosía. Jalila volvió el sábado un poco antes de que la orquesta estuviera instalada y esperó el arribo del pianista, quien llegó una media hora después. Le hizo señas y, en cuanto lo tuvo cerca, lo invitó a cenar en el restaurante del hotel. El resto de la noche no solo se la pasaron conversando y

compartiendo vasos de whisky; también bailaron por iniciativa de ella y ante el desconcierto del pianista, quien por primera vez tenía un acercamiento personal con una mujer de las altas esferas sociales de la ciudad. Su ámbito era otro. Aunque el hotel funcionaba en la exclusiva zona turística, más exactamente en el cordón de playas acondicionado para los visitantes foráneos, el pianista y sus amigos de la orquesta estaban acostumbrados a conquistar jovencitas y señoras de diferentes ciudades y nacionalidades, pero sin los tintes distinguidos de las damas de alta alcurnia. Más bien eran mujeres descomplicadas, con alguna solvencia económica que les permitía una que otra estadía en destinos vacacionales, pero no más. A su vez, el pianista emergía de uno de esos barrios populares del sur de la ciudad, donde el machismo, la imposición y la agresividad se aprendían desde los primeros años. En su casa no fue diferente. Entre sus padres mediaba la acostumbrada relación de imposición y sumisión que, desde luego, comandaba el padre. Los hijos eran instruidos, directa o indirectamente, en la continuación de la brusquedad oral y física como una forma de hacerse respetar entre la montonera. El pianista (mestizo como buen habitante del sur) había crecido atlético, apuesto y arrojado en el aspecto de las conquistas amorosas, pero también con voz de mando en el terreno de las amistades. Más de una vecina, joven o madura, había experimentado las arremetidas de su libido sin tregua, pero solo Sandra, tan agresiva y fogosa como él, le ralentizó la existencia. Resultó embarazada, parió una niña y se acomodó en la casa de los suegros donde nunca faltaron los desencuentros, los chismes, las discusiones, el mal ambiente, la convivencia venenosa... Por los días en que el pianista se conoció con Jalila Jassier las cosas en su casa estaban llegando al punto máximo de la irritabilidad. De modo que en cuanto se dieron el primer beso y los alcoholes nocturnos lo animaron, le contó sus desventuras hogareñas. Ya le había recibido regalos, algunos de los cuales rechazaba con cierto pudor. Las dudas, la incredulidad (o tal vez los complejos) no le permitían dimensionar que una mujer de la altura de Jalila estuviera interesada en él como para formalizar mucho más que un romance fugaz, al mejor estilo de la francachela nocturna. Empezó a convencerse mediante dos invitaciones que, para él, resultaron trascendentales: una visita a una exposición de pinturas y una cena en la casa de los padres de la empresaria. Fue un martes en la tarde cuando acudieron a la muestra de arte. El pianista intentó ataviarse con atuendos diferentes a los que usaba en el bar. Ella apareció sobria, pero sin abandonar su elegancia y clase. Al final, nadie se fijó en la indumentaria de la pareja sino en la inocultable diferencia de edades. Ambos intentaban ignorar las miradas indiscretas, pero el nerviosismo se notaba más en la sonrisa forzada del pianista.

—¿Qué impresión le han causado mis cuadros? —le preguntó la pintora capciosa.

—Muy bonitos —respondió él.

—Ya lo sé, pero ¿cree que logren un aporte a la estética figurativa de estos tiempos?

—Eeh...yo creo que sí. ¿Por qué no? Usted pinta bien.

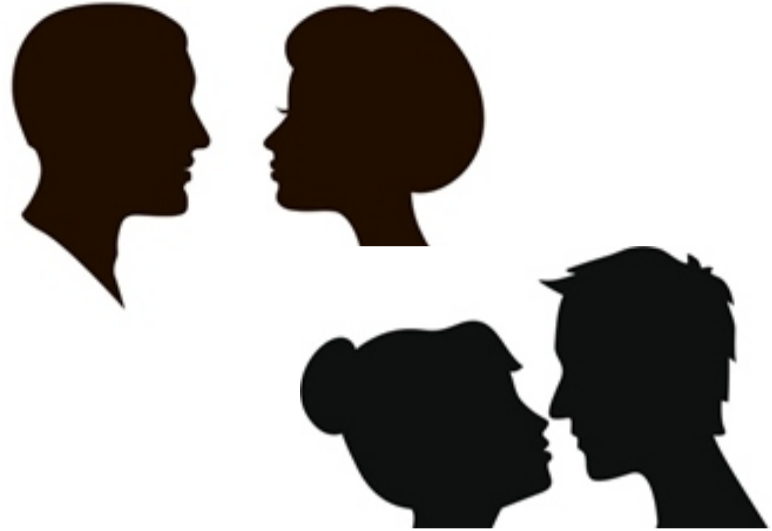
Una vez inaugurada la exposición, y de haberse escuchado varios discursos laudatorios en torno a la trayectoria de la artista, los asistentes fueron conducidos al patio de la mansión colonial donde se organizó un aperitivo cortesía de la casa.

—¿Te gustaría llevarte un cuadro de esos? —le preguntó Jalila al pianista.

—¿Y eso para qué?

—No sé, para que adornes el estudio donde practicas el piano, allá en tu casa.

—Jajajajaja. Yo practico en la sala. Ojalá tuviera un estudio. Además, esos cuadros están muy malucos para que sean tan caros. Mejor regáleme otra cosa.



—¿Como qué?

—Por ejemplo, ropa que sirva para acompañarla a sitios como este.

El lunes de la semana siguiente se organizó la cena en la casa de los Jassier. Ahí estaban los padres y los dos hermanos de Jalila. El pianista lucía las ropas casuales que la empresaria le compró dos días antes. Su intranquilidad era evidente. Antes de llegar a la cena se imaginó la típica reunión acartonada de las familias ricas de las telenovelas, pero fue todo lo contrario: los atuendos modestos y las conversaciones chistosas fueron el tópico de la noche, sobre todo cuando pasaron del comedor a la terraza del apartamento, desde donde se divisaban las luces centelleantes de la zona exclusiva y la atronadora oscuridad del mar. Abraham Jassier, el padre de Jalila, se permitió algunas bromas con el pianista, quien, al mismo tiempo, notaba que los hermanos de la empresaria se esforzaban por parecer espontáneos y sin prevenciones. Pero la intuición callejera del pianista le decía que no encajaba del todo en el cuadro. “¡Qué hijueputa! —se dijo—. A la larga, la que me importa es Jalila”. Esa noche las volutas de humo y los leves estertores del pecho, como siempre, acompañaban a la empresaria, quien siempre lograba integrarlos a sus gestos de inocultable exquisitez.

—¿Fumas mucho? —se atrevió a tutearla el pianista.

—Sí. No puedo negar que me encanta.

—Pero parece que te hiciera daño.

—No. Más bien creo que la tos se me volvió una manía. Ya casi ni me doy cuenta en qué hora ocurre.

Quince días después, durante los cuales siguieron viéndose en el bar, el pianista se sorprendió cuando Jalila Jassier le comunicó que estaba dispuesta a visitar su barrio. Ya él había ostentado hasta la saciedad con los regalos que ella le hacía continuamente y hasta había provocado que Sandra resolviera abandonarlo. Sus amigos, no sin cierto dejo de envidia, le comentaban que oportunidades como esa muy raras veces se repiten. Pero de todas maneras lo sorprendió el interés de Jalila, quien siempre había mostrado poco conocimiento sobre el sur de la ciudad. Para ella y sus amigas sólo existían el centro histórico y los barrios tradicionales, sobre todo los recién convertidos en áreas turísticas. “Lo más lejos que he pisado es el mercado; y eso, acompañada de mis muchachas del servicio”, solía revelar al pianista como quien cuenta un chiste sin gracia. A mediados de la semana siguiente se efectuó la visita. La empresaria permitió que el pianista condujera el vehículo, mientras ella veía por la ventana el congestionamiento vehicular, las esquinas atiborradas de tanques y bolsas de basura, el agua corriendo al filo de los bordillos, los solares enmontados, los equipos de sonido y los parques inútiles. La reunión fue en la terraza de la vivienda hasta que la madre del pianista llamó a la cena, exhibiendo los platos,



vasos y cubiertos que guardaba celosamente para las ocasiones especiales. Tanto los progenitores como los hermanos medían sus palabras y sus gestos, hasta que los vasos de whisky deshinibieron, las máscaras se hicieron añicos y las procacidades salieron a relucir. Un poco avanzada la noche apareció Sandra en busca de la hija, a quien había dejado pasándose el día en casa de los padres del pianista, quien no tuvo problemas en presentarla con Jalila. Al término de la velada, la empresaria nuevamente permitió que el pianista condujera el vehículo, a pesar de que se le notaban los efectos del whisky, pero en aquellas épocas las restricciones de tránsito no eran tan rígidas. Estacionaron el auto a las afueras del edificio y decidieron tomarse el último trago en un estadero cercano.

—¿Te gustaría venirte a vivir a mi apartamento?—preguntó Jalila sin ningún preámbulo.

—¿Qué, qué?

—Lo que oíste.

—Me gustaría, pero... ¿cómo haríamos con la mamá de mi hija?

—¿No me dijiste que te había abandonado?

—Pero ya volvió. Siempre que coge rabia, arranca para donde sus papás y regresa cuando se le pasa.

—Está bien. Piensa en lo que te propuse. Pero eso sí: la única mujer que te acepto es la mamá de tu hija.

Los días subsiguientes el pianista se los pasó barajando mentalmente la propuesta. Unas veces la veía negativa, por su poca costumbre de tratar con personas de los altos estratos. Pensaba en los padres, los hermanos y las amigas de Jalila, quienes lo trataban con mesura, aunque no podían ocultar del todo su incomodidad con la idea de tener un mestizo en su círculo familiar y social. Pensaba en los desacuerdos de su casa, las discusiones con el padre y los hermanos, y los estallidos de celos de Sandra. Pero las cavilaciones llegaron a su fin una noche en que faltaron pocos segundos para que intercambiara puñetazos con el padre borracho, brusco y ofensivo. Sandra cargó nuevamente a su hija y regresó a su casa paterna. Una vez calmada la reyerta, el pianista llamó a la empresaria:

—Me voy a vivir contigo.

—¡Qué bueno! ¿Y cómo hiciste con Sandra?

—Otra vez se fue para donde sus papás.

—¿Y no hay posibilidades de que vuelva a buscarte?

—Es posible, pero no creo que se atreva a llegar a tu casa.

—Bueno, te espero.

En medio de la limpieza permanente y los lujos, donde lo único que le resultaba familiar era el olor a humo de cigarrillo, el pianista no dejaba de preguntarse el porqué de estar ahí, tomando en cuenta que Jalila, con su poder y su fortuna, bien pudo procurarse un compañero de su misma etnia y clase social. Se

preguntaba si acaso estaba siendo víctima de sus complejos de niño criado en la rusticidad de las barriadas del sur, pero el trato que recibía de la empresaria lo hacía sentirse seguro y hasta parecía recibir por ósmosis un poco de la supremacía que ella irradiaba, sobre todo cuando asistían a las reuniones de sus amigas, donde a veces coincidían con la familia Jassier en pleno. Una que otras veces surgían debates politématicos en los que el pianista pugnaba por no dejarse opacar, aunque también brotaban sutiles coqueteos desde algunas miradas femeninas cuya única intención era avergonzarlo ante Jalila, pero su experiencia de cazador arrabalero le prendía las alarmas a tiempo. Una de esas noches, compartiendo whiskys y carne asada, el viejo Jassier lo introdujo en una repentina conversación:

—¿Qué necesita usted para sacar adelante su oficio?

—Eehh... me gustaría tener mi propia orquesta.

—¿Y qué se lo impide?

—Que no es un proyecto barato.

—¿Y cómo de cuánto estamos hablando?

—Tal vez de unos 30 o 40 millones de pesos. Todo depende del formato.

—Entonces, consiga las cotizaciones y me informa. Lo único que necesito es que haga feliz a mi hija.

El pianista amaneció pensando en que el ofrecimiento del viejo Jassier podría ser una ligereza motivada por los efectos de los tragos y por la emoción de ver a su hija contenta exhibiendo al amante joven en medio de sus amigas tan divorciadas y ansiosas como ella. Pero salió de dudas cuando se lo contó a Jalila, quien le hizo saber que el padre era de pocos ofrecimientos y cuando los hacía debían tomarse en serio, aunque hubiera tragos de por medio. Esas palabras bastaron para que el pianista hiciera las averiguaciones correspondientes y entregara al suegro putativo un informe profusamente detallado. A las pocas semanas tenía las dotaciones. Y no sólo eso: Jalila desocupó uno de sus locales comerciales y lo convirtió en un ensayadero refrigerado con equipos de audiograbación, alfombras, cortinas y mobiliario para la comodidad de los instrumentistas. Seguidamente, lo relacionó con los clubes y empresarios más cotizados de la ciudad, para que siempre lo tuvieran en cuenta a la hora de organizar espectáculos musicales. Las buenas entradas que generaba la orquesta dieron también para que, en su barrio, el pianista aprovechara la ganga de un local comercial donde abrió un estadero, que los fines de semana se llenaba de muchachas atraídas por la música en vivo, la cerveza fría, las comidas rápidas y el ambiente de latinidad newyorkina que allí se respiraba. Jalila Jassier y sus amigas procuraban asistir cualquiera de los tres días. En el lecho de la empresaria, el pianista se esmeraba por expresar sus agradecimientos de la manera más enérgica y creativa, y de ese mismo talante eran las respuestas que recibía de parte de ella. Sin embargo, no dejaban de inquietarlo las jóvenes del círculo social de Jalila, lo mismo que las muchachas del servicio que se la pasaban recorriendo los tres niveles del apartamento, algunas veces tratando de insinuarse, pero él prefería aprovechar la flota de taxis para formalizar uno que otro flirteo en los barrios del sur, hasta donde no llegaran las miradas inconvenientes. Durante los avatares de la nueva agenda vital y laboral que manejaba el pianista, Sandra regresó, pero esta vez exigiendo que la involucrara. Trató de ignorarla, pero las pretensiones de la mujer se tornaron más incisivas hasta que el pianista se vio en la necesidad de buscar la orientación de Jalila, quien no lo pensó dos veces: la empleó en uno de sus almacenes y le dio una recámara en su apartamento para que viviera con la hija. La misma Sandra no podía creerlo, pero entendía que le resultaba más conveniente tomar las cosas con naturalidad que estar reclamando afectos del hombre que le apasionaba, pero que ya no sentía nada por ella. Los viajes nacionales e internacionales de Jalila y el pianista se

sucedían con frecuencia, aunque a veces era ella quien viajaba por cuestiones de negocios, en tanto que aquel aprovechaba para complacer a las amigas que arribaban al estadero los fines de semana. Su fogocidad parecía incandescente. Siempre que podía recorría la piel de la menos madura de las sirvientas que se mantenían en el apartamento, hasta que Jalila, recién llegada de uno de sus viajes, lo sorprendió en plena trastada carnal y fue allí donde se inició un silencio glacial que el pianista desconocía en la personalidad de la empresaria. Sin pronunciar palabra le hizo entender a la sirvienta que debía marcharse. Ni el más leve sonido salió de su boca (salvo la tos del cigarrillo) cuando hizo que el pianista, Sandra y su hija regresaran a su barrio pero sin empleo, sin orquesta, sin estadero, sin ensayadero y sin más relaciones con los clubes y empresarios del espectáculo. No hubo más palabras. El pianista trató de recuperar el trabajo que tenía en el bar del hotel donde se conoció con Jalila, pero ya lo habían reemplazado con mejores condiciones económicas para los administradores. Pasadas varias semanas pretendió iniciar la reconquista de la empresaria con llamadas telefónicas que nadie respondía. Hasta llegó a imaginar que Jalila conocía el sonido del teléfono cuando él marcaba el número del apartamento. Nunca le faltaron las compañeras de jolgorio, pese a las virulentas protestas de Sandra, pero el rostro de Jalila no se le salía de la mente. “Es la persona que más me ha querido en este mundo. Ni mi mamá me ha querido tanto. Hasta me propuso que nos casáramos”, se decía y comentaba entre sus amigos; y hasta se atrevió a enviarle esa frase en una tarjeta a Jalila. Intentó acercarse a los hermanos y a los padres de ella, pero el tanteo sólo sirvió para que se sinceraran revelándole que se alegraban de la decisión de la hermana y que nunca se sintieron a gusto con él, porque jamás lo consideraron uno de ellos. Frecuentaba los sitios donde sabía que se reunían las amigas de Jalila, de quienes suponía que ya estaban enteradas del rompimiento. Algunas lo saludaban o le permitían cortas conversaciones, pero jamás le abrieron campo para que les pidiera ayuda en una hipotética reconquista. Cientos de llamadas, y el silencio era cada vez más profundo. Tan profundo que los porteros del edificio recibieron la orden terminante de no dejarlo entrar, y de ni siquiera permitirle que se acercara a la garita. Transcurrido un año y medio, el silencio se fracturó. El pianista y Jalila coincidieron en un evento del Centro Internacional de Convenciones. Él hacía parte de la orquesta que amenizaba la noche. Ella se hacía acompañar de sus dos hijos. Tal como en el bar donde se conocieron, el pianista hundía los dedos en las teclas del instrumento, pero esta vez no era él quien giraba la cabeza a través del perímetro del lugar, pues sus ojos estaban fijos en el rostro, el humo del cigarrillo y el carraspeo de Jalila. No sabía con precisión si era por la nostalgia o el entusiasmo renovado, pero esa noche la notó más bella y fresca. Tan bella, que poco se diferenciaba de la hija. En uno de los descansos de la orquesta intentó acercársele, pero un repentino ataque de prudencia (extraño en él) lo detuvo. Caviló varios segundos hasta que se le encendió el bombillo: escribió unas líneas en una servilleta y la entregó a un mesero con la recomendación expresa de que lo señalara, en caso de que le preguntaran de quién era el envío. No sucedió así. Ella recibió la servilleta, leyó las líneas, escribió al respaldo y se la devolvió al mesero. “No te acerques. Mis hijos se disgustarían. Llámame el lunes en la tarde”, decía la nota. Una emoción indescriptible se apoderó del pianista. Por lo visto, y según su muy particular percepción, la reconciliación venía en marcha. El lunes a las cuatro de la tarde la llamó. Fue la voz de ella la que se escuchó al otro lado.

—¿Qué quieres?

—Solo tres cosas: que me disculpes, olvides todo y volvamos a estar juntos.

—Eso debe hablarse personalmente.

—¿Cuándo?

—Yo te aviso.

Preso de una incertidumbre que le carcomía la existencia, el pianista invertía sus horas libres en la sala de la casa paterna, esperando la llamada de Jalila. Sus hermanos se habían marchado en busca de sus propios caminos. Sandra, vencida por la indiferencia, hizo lo propio. Los padres guardaban el silencio y la lentitud de las marcas seniles. Una noche sonó la llamada y el encuentro se dio en el bar del hotel donde se produjo el primer encuentro. Jalila, irradiando la clase de siempre, no lograba ocultar el maltrato de la nostalgia. Pero, sin tapujos, como era su estilo, le hizo saber al pianista lo espinosa que resulta la soledad cuando el enamoramiento envenena la vida. Él ofreció excusas. Ella le achacó a sus orígenes populacheros el poco conocimiento del respeto y la lealtad. Él pidió una nueva oportunidad. Ella le propuso que intentara ganársela. De ahí en adelante siguieron numerosas conversaciones telefónicas mediante las cuales iba creciendo el mismo fervor de los días del bar en el hotel, hasta que Jalila le propuso una cena íntima en su apartamento. Fue esa la última vez que hablaron. Pasaron quince días en los que el pianista salió de la ciudad a responder por compromisos musicales, pero llegado el lunes señalado para la cena llamó varias veces al apartamento de Jalila sin que alguien le respondiera. La imaginó inmersa en su océano de ocupaciones y decidió no importunarla más hasta que se aproximara la noche, para darle la sorpresa en persona. Llegada la hora cero se atavió con las mejores piezas que obtuvo cuando vivía al amparo de la empresaria. Su comportamiento en solitario había sido el de un santo redivivo, con el fin de merecerse esa segunda oportunidad. Compró un ramo de rosas blancas en el Parque de las Flores y se bajó del taxi sonriendo, optimista y expectante y hasta intercambió un saludo con los vigilantes del edificio de Jalila.

—¿Cómo le va?

—Muy bien. ¿En qué le puedo servir?

—Voy para el apartamento de Jalila.

—¿Qué se le quedó allá?

—Nada. Ella me está esperando.

—¿Cómo así?

—Que me está esperando

—O sea, ¿usted no supo?

—¿Qué cosa?

En cuestión de segundos el pianista se enteró de que el sábado en la mañana Jalila fue encontrada muerta en su cama. La mayor de las sirvientas llegó temprano, como era su costumbre y abrió la puerta con cuidado para no despertarla. Pero después de varias horas en que no bajaba a desayunar, tocó varias veces la puerta de la recámara sin ninguna respuesta. Luego se comunicó con uno de los hermanos y con el viejo Jassier, quienes arribaron a los pocos minutos y resolvieron forzar la cerradura. El cuerpo estaba frío y oloroso a cigarrillo. El médico dictaminó paro cardio respiratorio. La cremaron el domingo en la tarde en una ceremonia discreta a la cual solo asistieron sus padres, hermanos, hijos, exesposo y una que otra amiga cercana. Nadie se preocupó por avisarle al pianista. Enterado de la mala nueva, volvió al bar del hotel donde se conocieron y bebió unos cuantos tragos escuchando la música de sus amigos, quienes compartían el pesar como si la difunta fuera la parienta de todos. En los años subsecuentes el rostro de Jalila jamás se borró de la mente del pianista. Ninguna mujer pudo reemplazarla. Ni siquiera aquella con la que acometió matrimonio y le dio tres hijos. Muchos calendarios después, y habiendo alcanzado la misma edad que tenía Jalila cuando se conocieron, el pianista sigue recorriendo las fotografías y los recuerdos de una etapa de su vida que jamás se ha repetido. Ni muestra indicios de repetirse.

# Entre Clinton letras

▪ **Martiniano Acosta**

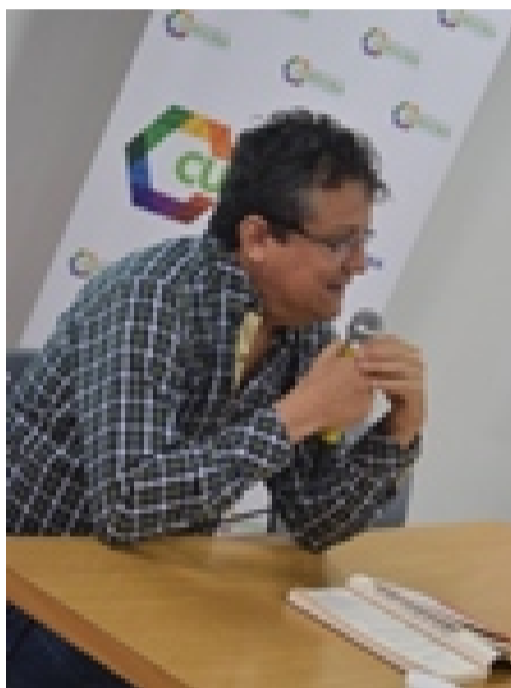
Escritor, ensayista e investigador nacido en Baranoa. Licenciado en Filología e Idiomas de la U. del Atlántico. Fundador de los talleres literarios: "José Martí" y "Álvaro Cepeda Samudio" en Santa Marta. Ha publicado los cuentarios: *De cara contra el suelo*, *Los ojos duros de la espera*, *Barco de espumas*, *Once galopes en el tiempo*. Las novelas: *Marco y el círculo verde*, *Danzarinas del fuego*, y *Los conejos dorados*.

Se me ha dado por escudriñar la narrativa de este amigo, autor de varias novelas (*Las manchas del jaguar*, *Vida Segura*, *Hic Zeno*), y libros de cuentos como *¿Te acuerdas de Monín de Boll?* y *El chico del correo*, este último de reciente publicación por Collage Editores y que, en su contenido, presenta diez cuentos, algunos realistas ("El Chico del correo"); otros que tocan la frontera de lo fantástico ("*Aquiles derrotado de nuevo por la tortuga*", "*Última ratio*", "*Tony el dinosaurio*").

La lectura del libro de cuentos de *El chico del correo* me condujo al ejercicio de husmear entre líneas y a titular este artículo: Entre Clinton Letras, (quise decir Clinton entre letras). Razones valederas en un lector que quiere conocer el manejo de los recursos estilísticos o de nuevas formas de expresión retórica (descripciones, metáforas, personificaciones), qué detalles identifican a sus personajes y qué clase de lector exige su narrativa. Sobre este tema, el autor me comentó cuando en cierta ocasión le indagué: "*Propongo en los cuentos algunas ideas y posibilidades, y eso estimula al lector, lo pone a pensar, a actuar*".

Definitivamente, se convierte en un juego (un análisis lúdico) cuando se descubren pistas verdaderas o falsas —ese es el divertimento del lector— con las que el escritor arma "su cuento", y Clinton disfruta como pocos tramando sus artefactos, combinando sus historias para dejarnos como resultado una pieza literaria bien escrita y bien redactada, algo que no sucede en otros autores, cuyos libros pueden estar bien redactados pero mal escritos.

En la contraportada del libro de cuentos se lee: "...exigir de los lectores la mayor complicidad posible". Está a



Clinton Ramírez en el Festival de Literatura de Córdoba y del Caribe, organizado por El Túnel, Montería, 2008

la vista que la narrativa de Clinton exige a un lector con mucho conocimiento filosófico por las referencias mismas, un lector atento, avezado, cuidadoso en la lectura, que no pierda detalles, que "sea un lector tortuga" para que comprenda la historia narrada. Agrego esta otra explicación del mismo autor: "*Los comentarios justifican en un escritor la tarea de dar lo mejor de sí frente a las posibilidades de las historias afrontadas*".



Las descripciones se convierten en un mundo particular que Clinton ha venido construyendo. Por eso, a lo largo de los textos me he topado en el camino con muchas descripciones de lugares o de personajes que funcionan exactas a una realidad vivida o ficcionada y llamativa. Algunos ejemplos: "*La oficina del correo, pequeña y bien ventilada, funcionaba en una esquina, dos calles al sur de la iglesia*" (pág. 55), "*Era una edificación grande, de material, con terraza y techo de zinc rojo a dos aguas, como las casas de la Compañía, y poseía un amplio patio con jardines, árboles y la carpintería de mi padrino Miguel Daconte al fondo*" (pág. 59), "*Al pie de la fuente del ángel, entre el parterre de las heliconas y el de los crotos, descubrí a Alicia. Bien puesta en su vestido de lazos, apretada a una muñeca de trapo, miraba caer el agua del plato superior. Reparé en sus facciones, en el trenzado del cabello...*" (pág. 119), "*Vestía un traje rosado de lazos y calzaba zapatos blancos de hebillas, un tanto infantiles...*" (pág. 112), "*sus ojos coincidieron con los del hombre, severos y vivos, debajo de la visera del quepis*" (pág. 71)

O los detalles que se vuelven importantes dentro de la narración para caracterizar al personaje de tal manera que parezca real y, a la vez, inolvidable: "*El jefe de estación, un hombre de apellidos raros, rojo de piel y de pelo amarillo, le hizo un gesto obscuro*" (pág. 81), "*La dueña actual es una mujer de mente práctica, cuerpo lujurioso y espíritu chacotero a la que le importa un comino el aviso del negocio*" (pág. 30), "*consintiendo las alas del áspero bigote*" (pág. 135). El excéntrico que paga para que lo torturen o lo maten. La joven prostituta Bonita. Detalles precisos y repetidos en algunos personajes: "*mano vencida de la abuela*" (pág. 113), "*Mano firme del*

abuelo" (pág. 115), "manos celosas de las tías" (pág. 111).

En este transitar por las páginas, encuentro personificaciones o prosopopeyas que se convierten en elementos enriquecedores del relato con una nueva visión en el ambiente literario: "el mal aliento de los años" (pág. 44), "una mezcla de perfume bravo" (pág. 50), "en las avaras páginas judiciales del país", "el insomnio le fijaba cita en la terraza." (pág. 132), "Ni se le vio subir las escaleras de las manos celosas de las tías" (pág. 111).

Así mismo, metáforas o frases metafóricas que aparecen recreadas para dar un nuevo sentido al texto y a la metáfora misma: "el corazón se le hizo agua" (pág. 75), "Consintiendo las alas del áspero bigote" (pág. 135), "sus ojos de lobo pollero" (pág. 136), "las furias de mi memoria", "miradas de piedra" (pág. 111), "a los ejércitos de una arena blanquizca" (pág. 110), "cielos bananeros", "Tomo una gran bocanada de paciencia" (pág. 136).

Este libro de cuentos y todos los libros anteriores, me han dado la percepción del permanente e incansable trabajo literario de Clinton, que asemeja al de un herrero: forjando siempre la palabra a punta de golpes en el fragor del fuego eterno. O lo que manifiesta el personaje del cuento "Todo aquel que anda de noche" en relación con el oficio de escribir: "porque nunca me propuse hacer nada diferente a lo que he hecho toda mi perra vida, es decir, escribir por el puro gusto de hacerlo cuando hay que hacerlo, sin joder a ninguno". (pág. 35)

Clinton ejerció el oficio de noctám-



bulo frenético y literario recorriendo los recovecos de los puertos y de los barrios del sur de las ciudades de Santa Marta, Barranquilla e, incluso, Cien Aguas, para conocer lo que se cocinaba en sus entrañas; de allí surgieron, tal vez, los cuentos "Una noche con las vestales", "Todo aquel que anda de noche".

Hay nuevas formas de combinar los sentidos que me parecen extraordinarias para dar lugar a sinestesias de gran fortaleza: "gris tranquilidad" (pág. 25), "una mirada golosa a los senos confirma en ellos las brillantes formas de un totumo biche" (pág. 36), "las olas de un mar de inesperado placer", "La voz del oficial se escuchó firme pero cálida" (pág. 72).

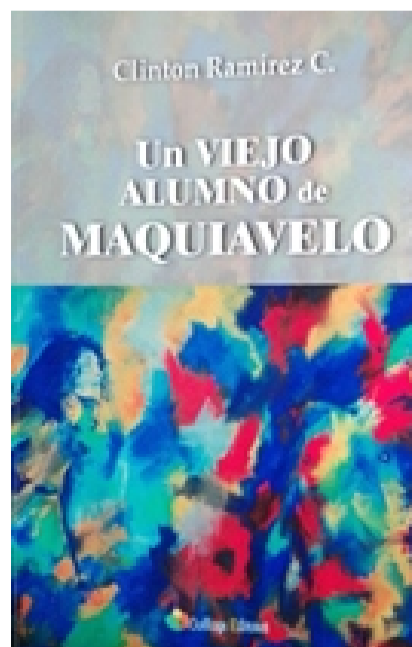
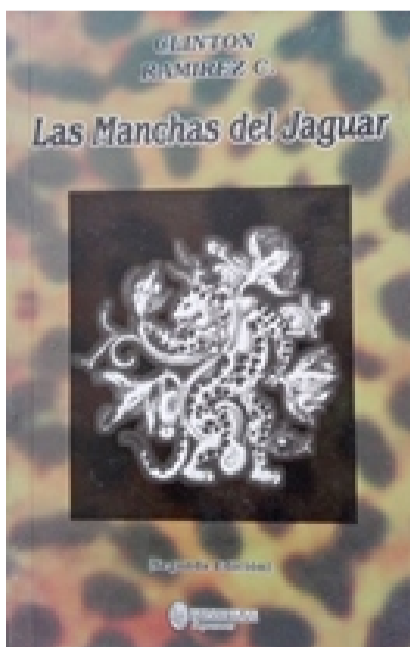
Como muchos autores, Clinton es la suma también de otros escritores (Hemingway, García Márquez, Rulfo, Cepe-

da, Joseph Conrad, Shakespeare, Dickens, Poe, Rafael Caneva...) más su virtud, su lectura y su experiencia. Por eso, al hablar de los finales en los cuentos de Clinton, me basta recordar a dos autores: Chejov y Rubem Fonseca, escritores leídos profundamente por él. Me viene a la memoria la anécdota que apuntó Chejov en uno de sus cuadernos: "Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida". Final inesperado, impactante. Y a Fonseca lo nombro porque con los finales de los cuentos de este autor brasileño, uno no sabe a dónde va a llevar al lector y a dónde va a dejarlo.

En Clinton, los finales también son sorprendentes, variantes. Se me antoja emplear una descripción: lo lleva a uno de la mano, lo va dirigiendo y, al final, lo suelta para que uno descubra qué hay al final de ese camino que ofrece simbologías que ponen a pensar al lector o hacerse la pregunta: ¿Qué pasó aquí? No voy a dar ejemplos sobre los finales de los cuentos de Clinton, porque prefiero que el lector disfrute, viaje, recorra desde el inicio estas narraciones extraordinarias.

Finalizo con un comentario del mismo Clinton, refiriéndose a una pregunta que le formulé hace rato: "Me halaga que algo de Fonseca encuentres en estos cuentos. Sin duda. Es parte de la tarea de escribir y leer."

Julio 26 de 2019  
Santa Marta, cerca del mar



# TUNELGRAMA

Por J. Santana V.

## HORIZONTALES:

1. Apellido de músico ruso (1839-1881), autor de la ópera *Boris Godunov*.
2. Ciudad española en León. Apócope de uno.
3. Apellido de poeta ecuatoriano (1832-1907). Apellido de poeta sueco (1776-1839).
4. Sexta nota musical y artículo determinado femenino. Inflexión verbal. Nombre de consonante y preposición.
5. Otro apellido de poeta venezolano (1905-1971). Nombre de hombre que por lo general va acompañando a Pedro (inv).
6. Símbolo químico de número atómico 95, se obtiene bombardeando al uranio. Con la última sílaba de DO sería nombre de departamento de Argentina en Santa Fe, cuya capital es Cañada de Gómez (inv.)
7. Apellido de escritor francés (1848-1917), autor de la obra *Diario de una doncella*. Primeras dos vocales de la Lengua Española.
8. Nombre de un valle en Suiza.
9. Inflexión verbal del presente. Otra inflexión del mismo verbo pero en el pasado.
10. Tercera esposa del emperador romano Claudio I, madre de las joyitas: Británico (envenenado por Nerón) y Octavia, quienes no dejaron títere con cabeza en el reinado de sus taitas.

## VERTICALES:

1. Apellido de poeta francés (1842-1898), iniciador del movimiento literario el Simbolismo, uno de sus retratos hecho por el pintor Monet se conserva en el Museo de Louvre.
2. Apellido de escritor y político venezolano (1906-?). Volcán de México en el estado de Durango.
3. Iniciales de State Totalitario de Ottawa. Apellido del premio Nobel de Literatura peruano (1936-?).
4. Género musical muy popular de Cuba. Empieza a embargar.
5. Aféresis de ahora. Antiguo magistrado romano encargado de la conservación de los monumentos públicos, los de hoy en nuestro país se encargan es del desgreño del tesoro público o erario.
6. Iniciales de los apellidos de político colombiano (1824-1883), fue presidente en 1866. Río de Vietnam.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1										
2								■		
3						■				
4			■	■	■			■		
5							■			
6		■			■					
7								■		
8									■	
9	■			■		■	■			
10									■	

7. Apellido de poeta y dramaturgo español (1937-?). Sigla en desorden de Organización de las Naciones Unidas.
8. Símbolo químico de metal alcalino, de número atómico 3 y que se funde a la temperatura a 186 °C. Empieza el adagio, si tuviera h inicial sería ente fantástico femenino.
9. Apellidos de escritor checo nacionalizado en Francia (1929-?), su libro *La vida está en otra parte*, es una de sus tantas obras.
10. Apellido de escritor, psiquiatra, sociólogo argentino (1877-1925), *Las fuerzas morales* es una de sus mejores obras.

### SOLUCIÓN DE LA SOPA DE LETRAS ANTERIOR:

El nombre de las 11 canciones son: 1. *Tentorapio*, 2. *El palenquero*, 3. *El gustaito*, 4. *Chonga*, 5. *El burriciego*, 6. *El tabaco*, 7. *La ficha*, 8. *Toña y Toño*, 9. *El lirón*, 10. *La Javá*, y 11. *La agarradera*.

La frase que se forma con las letras sobrantes, es: *Eliseo Herrera se inició en el grupo Sonora Cordobesa de Montería*.

## Pensamientos de Jean Paul Sartre



1. Si estás solo cuando estás solo, estás en mala compañía.
2. El hombre no es otra cosa que lo que él hace de sí mismo.
3. Cada hombre tiene que inventar su camino.
4. El compromiso es un acto, no una palabra.
5. No sirve de nada quejarnos de lo que podría haber sido, soy las cosas que he hecho y nada más.
6. Únicamente queda un día... Se nos da al amanecer y se nos quita al atardecer.

# DEFENDAMOS Y CONSERVEMOS LA NATURALEZA

